

COLECCIÓN ESCRITORES CHILENOS Y LATINOAMERICANOS

Hermosas bestias salvajes

Poli Délano



863.Ch Déllano, Poli
D Herinosas bestias salvajes
Santiago de Chile: Editorial MAGO, 2012
142 pp; 21cm.
ISBN: 978-956-317-162-4
1. Narrativa chilena.
1.1 Cuento chileno actual.

© Copyright 2012, by Poli Déllano
Primera edición: noviembre 2012

Colección Escritores Chilenos y Latinoamericanos
Director: Máximo González Sáez

Edita y Distribuye: Editorial MAGO
Merced N° 22 Of. 403, Santiago de Chile
Tel: (56-2) 638 6605 - 664 5523
editorial@magoeditores.cl
www.magoeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 221.827
ISBN: 978-956-317-162-4

Diseño y diagramación: Freddy Cáceres O.
Revisión y corrección: María Jesús Blanche S.
Fotografía autor: Lorenzo Moscía
Ilustración portada: Ana Luisa Kaminski
Edición literaria: Iván Quezada

Impreso en Chile por Dimacofi Servicios S.A.
Derechos Reservados

COLECCIÓN ESCRITORES CHILENOS Y LATINOAMERICANOS

Hermosas bestias salvajes

Poli Délano

Para Viviana Délano Azócar

Un guiño a los lectores

Mis dos primeros libros, *Gente solitaria* (1960) y *Amaneció nublado* (1962), fueron de cuentos. Como quien dice, recién aprendiendo a nadar. Desde ese trampolín quise lanzarme un piquero a la novela y el tercer «atentado» resultó *Cero a la izquierda*, otro debut. Aunque andando los años el género novelesco se le fue imponiendo a mi pluma, los lazos pasionales que me atan al cuento nunca aflojaron, según lo atestiguan las diez o más colecciones que van desde *Vivario* (1971) hasta *Solo de saxo* (1998), pasando, entre otros títulos, por *Cambio de Máscara* y *Dos lagartos en una botella*, que obtuvieron los premios Casa de las Américas (Cuba) y Nacional de Cuento (México), en 1973 y 1975 respectivamente.

En el tiempo que se desliza de la vida mientras escribimos una novela suelen producirse atrasos, recreos y también momentos de parálisis. Durante tales aros, por suerte surgen cuentos capaces de hacer que la pluma no se detenga, y ellos empiezan a ocupar espacio en un cajón del escritorio. Entre una novela y la siguiente, también es natural que transcurra un tiempo, mayor o menor, que igual se constituye en otro territorio fértil para que surjan nuevos cuentos que han permanecido agazapados ¿desde cuándo? en diversos recovecos de la mente. Las novelas van apareciendo, los cuentos se apilan en el cajón.

Revisemos el cajón: más de una decena, es decir, suficientes como para armar un libro. Historias escritas en diferentes momentos de la vida, humores distintos, quizás nuevas amarguras. Sin embargo, algo los une. Un sello común, especie de ADN, la

misma mirada voyerista, la manera de entender el mundo, «el estilo soy yo», dijo ya no recuerdo quién.

Eso es este libro. Tenemos un cuento escrito hace pocos meses, otro el año pasado, pero también hay algunos que nacieron ocho, nueve, diez años atrás. Diversidad, sí. Unidad, sí. Máquina del tiempo, también.

En todo caso, dejo en claro que *Hermosas bestias salvajes* es un libro virgen. Ninguno de sus cuentos aparece en mis anteriores colecciones.

Poli Délano,
SEPTIEMBRE 2012.

HERMOSAS BESTIAS SALVAJES

*Los animales fueron
imperfectos,
largos de cola, tristes
de cabeza.*

Pablo Neruda

Uno

Después de sacudir a gentiles palmazos la arenilla que la brisa marina había pegoteado a su piel, René Sánchez se untó protector solar por rostro, piernas, brazos y tórax. Con la espalda no pudo, estaba solo. Solo y tranquilo —se dijo con una sonrisa que le vino directamente desde la imagen del par de animales que debía conseguir en los próximos días. ¡Animales! Durante los años no tan lejanos de universidad, Leonardo, su hermano «el intelectual», había disertado una de sus irritantes peroratas mientras disfrutaban el guajolote relleno de una cena navideña, instruyendo a la familia en pleno sobre el poeta chileno de las Odas, que escribió —¡fíjense ustedes!, decía— *los animales fueron imperfectos, largos de cola, tristes de cabeza*. Precisa imagen de los dinosaurios, pontificaba el pinche Leo con esa petulancia que le venía inyectando la academia como un veneno. Sólo el gato era un digno merecedor de todos los elogios, pontificó, la *policía secreta de las habitaciones*, gran afición a la independencia, ya que no recibía órdenes de nadie, y rara vez entregaba su corazón. Pero ahora para René, los animales significaban algo mucho más allá de la poesía —una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa—, y eran por donde se les mirara el mejor regalo de la naturaleza, mil veces superiores al hombre, esta fiera de alma fría que se mueve por ciudades y campiñas, por selvas, montes y mares con un cuchillo afilado entre los dientes, dispuesto a acabar con el planeta, el agua, el aire, las bestias, las plantas, los árboles. Según el embalsamador de Veracruz, de un tiempo a

esta parte los animales se venían convirtiendo poco a poco en objetos de museo. Aseguraba que los niños del futuro sólo podrían verlos disecados al otro lado de una vitrina, y no por culpa de su oficio, que conste, él los recibía ya muertos, era más bien un ángel salvador, a pesar de su estampa de matarife sujetando el bisturí listo para entrar en acción. Salvar a los animales era su vocación, aseguraba, preservarlos de la putrefacción con el fin de otorgar deleite a las futuras generaciones, placer para la humanidad, y despotricaba a la vez, iracundo, porque en las calles, en el mercado, en la misa de los domingos, en el periódico, lo tildaban de asesino y lo motejaban «el Chacal», ¿no entendían acaso que los animales son eso: animales, y por serlo han estado siempre al servicio del hombre? Es el destino que el Señor les diseñó, ¿no nos comemos las vacas, los corderos, los cerdos, las gallinas, los conejos? ¿No le robamos al mar pescados, moluscos, algas, crustáceos?... Pinche embalsamador, un demonio, «dejad que los billetes vengan a mi bolsillo» es lo que debiera pregonar.

René Sánchez se levantó de su silla playera, dejó los lentes oscuros bajo la toalla, y caminó con floja lentitud hacia el agua, que se veía mansa como la de una alberca. Un bombón en bikini celeste, muy tostadita de sol, le interceptó el camino regalándole su sonrisa afable. Parecía de unos cuarenta años, poco menos, ni tan bombón ya vista de más cerca. René le devolvió la mirada con cierto recato.

—¿Nos conocemos? —preguntó. Un bullicioso grupo de adolescentes jugaba una partida de voleibol sobre la arena.

—Ahora sí —dijo ella—, me llamo Jennifer Moran. Soy pintora.

—Sánchez, a sus órdenes —respondió René alargando la mano. Con las pintoras solía irle más o menos bien, andaban siempre buscando modelos, y gustaban de tipos como él, moreno, dientes muy blancos, bigote grueso. Recordó la pasión con que las gringas maduras solían prendarse de los lancheros en el Acapulco de los años buenos. Contrataban sus servicios para practicar esquí acuático, y los estimulaban a que hicieran de las

suyas. Los muy cabrones les daban volteretas bien manoseadas en el agua, y por la noche les robaban calzones y sostenes para ganar apuestas que hacían entre ellos. Las agarraban también del culo a la hora del baile. Hubo lancheros famosos por sus trofeos arrebatados a mujeres del alto mundo: actrices de Hollywood, cantantes de ópera, aristócratas europeas.

—¿A mis órdenes? —preguntó Jenny con un mohín de picardía.

—Es que así saludamos en mi país, pero hay que decir que de una reina como usted, bueno, para mí sus deseos son órdenes, ésa es la cosa.

—Gracias, bonito lo que dice —ahora el mohín era risa franca—. Entonces, concédame el honor de ser mi huésped esta tarde.

—Claro que sí, con mucho gusto, y créame que el honor será mío. Dígame dónde y a qué hora, y allí estaré.

Así es la vida en Newport, sonrió René, cadillacs blancos, jaguars amarillos sin un rasguño en sus carrocerías luminosas, camisas de seda italiana que flamea a la brisa vespertina, mujeres de piel cultivada y dietas precisas, limpieza en las calles, armonía en las casas, niños y niñas que parecen avanzar hacia un concurso de moda infantil, todo bonito, opulencia, todo fácil, sin complicaciones. Salvo cuando algunos maridos gringos se ponen celosos y la hacen de pedo, como ocurrió con su carnal Genaro, a quien por atreverse con la cojita de la juguería, le partieron la madre a golpes y patadas. Mamón también, pinche Genaro, en lugar de quedar conforme con unos cuantos acostones, se enamoró a lo pendejo. Pero son pocos. En todo caso, René iba seguro por la senda: su negocio no eran las mujeres insatisfechas, sino los animales, los lindos animales de la selva: jirafas, avestruces, faisanes, armadillos, lo que ordenaran esos ricachones estrafalarios que algunas veces los querían vivos y otras bien embalsamados por el «carnicero» de Veracruz o cualquiera de sus discípulos. Hasta un par de canguros le había encargado un magnate de Mérida. Quería que viajara a Australia para adquirirlos. Y a otro pinche loco lo atacó la obsesión

frenética de conseguir a como diera lugar un orangután albino porque deseaba sorprender a su esposa cuando celebraran las bodas de plata... ¿Y la gringa? Seguro que iba desear pintarlo pretextando con encantadora picardía que su rostro y su expresión le parecían «tan especiales». A toda madre, él le entraba a todo, si lo pintaba, pos qué bueno, que lo pintara, ni qué decir, surgiría además algo de diversión en el camino, y como si fuera poco, es justamente por esos ambientes sofisticados que se va conociendo a los excéntricos que sirven a su negocio. Dos mil dólares le dan por un perico atolero que en el D.F. compra en cinco pesos a los chavitos del mercado Sonora. Cuatro mil por una guacamaya o un tucán. En el Sonora no existen imposibles, lo que pidas te damos, dicen los marchantes, una boa, un lince, un cocodrilo. Tan bueno como el narcotráfico o las armas, su negocio, pero más seguro al menos. Y el dinero —se frotó las manos mientras deslizaba suavemente su cuerpo en el mar plácido de California— es la unidad de todas las cosas, simboliza buena vida, salud, diversión, prestigio, respeto. Debido a que un par de meses antes recibió un pago contundente por un armadillo y dos tejones, pudo largarse de la opaca Laguna Beach, y venir a probar suerte a Newport, deslumbrante seno de una sociedad de pintores, escultores, novelistas policiales, músicos, empresarios de alto nivel, ricachones coleccionistas y esnobs aficionados a las artes, una élite cultural, aseguraría su hermano Leo, el intelectual.

Dos

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Jennifer, mientras brindaban con un *old fashioned*, meciéndose en la terraza de los balaustres, que se abre al horizonte del océano justo cuando como un gran disco anaranjado va cayendo el sol—. ¿Eres actor? Me han dicho que a este balneario llegan muchos actores.

—Nada de eso, soy hombre de negocios. —Y pensó que si bien el término podía resultar rimbombante, no estaba diciendo ninguna mentira, pese a reconocer que sus negocios no eran del todo limpios. Pinche trago mamón para quinceañeros en fiesta de colegio, se dijo, nada hay tan reconfortante como un buen tequila.

—Es que pareces un actor mexicanote de los antiguos: Armendáriz, Negrete.... Grandes películas.

—Bueno, mexicano sí soy.

«De acá de este lado puro mexicano», pensó, así va el corrido... Bueno, pero, cantando aquí en el norte, debería ser «de allá de ese lado»...

—Eso ya lo sé, o me lo imaginaba. Pero digo actor, porque he visto bastante cine de tu país y hay que reconocer que eres un muchacho guapo, bien hecho, rostro intenso —sonrió—, me gustaría tanto hacerte un boceto, ¿me dejarás? Dime que sí.

—¿Que si me dejo? —Pos claro que se iba a dejar, así comenzaba siempre lo bueno, diciendo «simón», nunca «nonés». Era obvio que ella después también se dejaría, no precisamente pintar, pero sí hacer otras cosas, estaba buenona la gringa y su casa, para qué decir, un palacete de pocamadre, dinero no podía faltarle—. ¿Te gustan los animales? —le preguntó.

—Oh, René, perdóname, no quise ofenderte, tú no pareces en absoluto un animal.

—No lo decía por eso.

—Ah, bueno, claro que me gustan, ¿a quién no? Si acaso no tengo ningún *pet* es porque suelen dar mucho trabajo, y la pintura absorbe todo mi tiempo, ¿quieres venir al taller para mostrarte lo que estoy haciendo? —Claro que le gustaban los animales, ¿que no? En realidad los animales eran su pasión desde aquellas plácidas y lejanas tardes de infancia en que podía pasar horas felices sobre el pequeño escritorio de su habitación en la casa de Wallingford, mirando uno por uno los sellos postales de su padre, sobre todo las colecciones de Kenia y Mozambique, cebras a todo color, jirafas, gacelas impala, monos, búfalos, elefantes, y más todavía los amaba desde el verano en que su padre la llevó a Nairobi cuando cumplió diecisiete años y su regalo fue nada menos que un safari para recorrer las reservas de Tsavo y Amboseli, qué atardeceres, qué colores apasionados mandaba el cielo para ir cubriendo la noche de esas selvas bajas. Desde entonces adoraba con verdadera devoción a los animales salvajes. No se encontró aquella vez con la selva espesa que por alguna razón de fijaciones infantiles había esperado, la que complica la trama en las películas de Tarzán, esos árboles colosales de cuyos ramajes que se elevan hacia el cielo, descuelgan flexibles las lianas, ofreciéndose como generosos vehículos de transporte, ni tampoco esa vegetación exuberante, ebria de tantos diferentes verdes, que bordea el torrente de los ríos en su avance hacia terroríficas caídas, ni las quebradas profundas ni los desfiladeros. ¿Decepción? ¿Cómo podía sobrevenir la decepción, si en el camino se cruzaban los mismos animales que de niña había contemplado embobada en los sellos? Rinocerontes, búfalos, jirafas que se sacan unas a otra las garrapatas incrustadas en los largos cuellos, gacelas Grant dando saltos voladores, aves exhibicionistas, arrogantes de color. Ciertamente se podía ver todo eso en un parque zoológico moderno. Pero no era igual. Aquellas planicies semi áridas, terrenos resquebrajados por la falta

de lluvia, pasturas amarillas, pequeños árboles «paraguas», casi ridículos, constituían el hábitat de tanta buena bestia del Señor, el lugar donde podían encontrar de todas formas los elementos básicos de la vida: la lucha por permanecer, un poco de felicidad quizás, y la muerte. Y desde entonces también, desde el mismo corazón de ese safari, además de su pasión por los animales, sentía también una marcada y a veces sofocante atracción erótica hacia los hombres oscuros, como Tekayo, el guía que entonces los condujo, y como este chocolate almendrado que bajo el cielo de California le despierta ahora los apetitos.

—Claro que sí, enséñame tus cuadros —contestó René.

—Pero no me has dicho todavía si te vas a dejar.

—¿Que si me voy a dejar? Bueno, querida Jennifer, pongámoslo así: si te dejas, me dejas.

—¿También pintas?

—No me refería a eso.

Ella bajó la vista y, en ese momento, René Sánchez aprovechó para tomarla de los hombros, la acercó a él y le estampó un beso, que al parecer resultó como una carga de dinamita.

—Oh —dijo ella, cediendo de a poco al momento de pasión—. Se siente muy bien, oh, sí, ven, bésame otra vez, bésame... —Igual que aquella noche africana con Tekayo, sintió, el mismo estremecimiento, los mismos embriagadores y ponzoñosos temblores de la carne.

Tres

La luna dibuja un río de plata sobre el mar pacífico. Despaturrado en su poltrona, René se congratula con un tequila de los mejores, *Don Julio* reposado, nada menos. El *old fashioned* y todos esos coctelitos de color son meras mamadas. No hay como el tequila, así pelón, lo demás es puro chiste. Fieros revolcones con la gringa, sonrío, pero ahora priman otros asuntos en que pensar y éstos no miran al pasado, el viaje a México con la nueva carga, ya tiene tiempo que no visita su tierra, desde la última vez que bajó a buscar pájaros y otros «bichos». ¡Qué carrera! Primero fueron loros, así comenzó, después iguanas verdes y unos búhos que los chamanes pagan a muy buen precio, casi cuatro mil billetitos tan verdes como las iguanas recibió a cambio de tres búhos vivos. Y se frota las manos regocijándose ante la idea de ese plan que debe afinar, que repasa una y otra vez en su pensamiento para que nada vaya a salir mal en la transacción de los changos. Pinches changos, medio millón neto le va a caer como un regalo de Dios si acaso todo sale como tiene que salir.

La primera vez que su destino empezó a perfilarse como un mundo abierto y generoso, fue cuando logró pasar con toda comodidad veinte loros por la frontera. Diecisiete mil dólares le cayeron como si nada, un poco menos en verdad, ya que seis periquitos murieron en el camino por efectos de la anestesia. En Veracruz —después de la excursión a los manglares de Alvarado en busca de iguanas arcoíris— los había comprado a huevo, ahí no más, en cualquier tianguis, negocio redondo. Todavía se traía bastantes loros y unas cuantas guacamayas cada vez que viajaba a su país por razones mayores, pero esos animalitos ya consti-

tuían apenas un pasatiempo de principiante. El desarrollo de su profesión lo había llevado con velocidad a las ligas mayores: una jirafa, una cebra, dos avestruces, que algunos ricos mexicanos pagan a precio de oro para nutrir los zoológicos privados que lucen en sus frondosos, selváticos jardines tupidos de bambú, bananos, buganvillas. Lograr acceso a los animales exóticos no resultaba nada de sencillo: era preciso preparar cuidadosamente el terreno, aceitar con fluidez el bolsillo de algunos empleados en los zoos provincianos. Y los provincianos eran sin duda la mejor opción, ya que meterse con los «grandes» implicaba peligros bastante serios. Mecanismo precioso. Su vida corría así, sobre rieles, para allá con una carga pesada, y de regreso con otra liviana. Este negocio de los changos parecía fenomenal: en el zoo de Bethesda había nacido una pareja de gorilas que reemplazaría a los progenitores, ya viejones. Había comprador para éstos en Monterrey, y el negocio llegaba a más de medio millón, qué bárbaro. Tenía eso sí que afrontar una serie de gastos necesarios, coimitas por aquí, mordidas más fuertes por allá, renta de vehículos adecuados, hoteles cinco estrellas, llamadas de larga distancia. Gajes del oficio, dicen.

* * *

En los amplios y desiertos corredores que surcan el supermercado aledaño al campus universitario en la localidad vecina de Irvine, Jennifer se pasea empujando su carrito, deteniéndose a examinar los precios que exhiben las mercaderías y eligiendo sus compras. A su lado camina un hombre quizás algo mayor que ella, piel mate tostada por el sol de julio, pantalón de lino crema, polera celeste, lentes oscuros, bigote fino, grisáceo. Perfecta estampa de un turista pasando unos días en la región.

— Ya me reuní con él — dice ella.

— ¿Te dio alguna pista?

— No todavía, es un hombre parco, pero no te preocupes, lo haré cantar como un ruiseñor, no te quepa duda; el tipo bebe

con bastante soltura y no será difícil soltarle también la lengua, paso a paso. Tiene un viaje a México pronto, seguro que es por el tema que nos interesa.

—Lo importante sería detectar cuáles son sus contactos, para tenerlos bajo control cuando se produzca el golpe grande.

Jennifer recorre con la vista la sección de licores y saca dos botellas de Jack Daniels.

—Le gusta mucho el *old fashioned* que preparo —asegura.

—Estás mal —dice el hombre, seleccionando otras dos botellas—. Dale de esto. A los mexicanos no les gusta más que el tequila. Si pretendes ablandarlo, sírvele tequila.

—Además del tequila, también le gustan otras cosas, al parecer.

—¿Cómo qué?

—Hmm... Bueno, otras cosas, ¿comprendes?

—¿Se las diste?

—No seas indiscreto, cariño.

—¡Se las diste! —protestó él.

—Eh, tranquilo, compañero, no te agites.

—Se las diste —se lamentó ahora en tono más resignado.

—Si tú lo dices.

Se habían conocido en la sociedad *Defenders of Wild Life* una tarde en que ambos asistieron para escuchar el informe sobre la cantidad de loros que se capturan ilegalmente en México cada año; congeniaron desde el primer momento y algo se fue anudando con el tiempo en un lazo entre amistoso y erótico que establecieron más allá de lo profesional.

—Me gustaría visitarte, Jenny, pero es más prudente que nos mantengamos alejados.

—Así me parece. En todo caso, no seas machista, creo que deberías preguntarme si también a *mí* me gustaría tu visita.

—¿Te gustaría?

—No.

—¿Seguro? —la miró derrotado—. Pienso que sí te gustaría.

Latas de aceitunas rellenas, cebollines en vinagre, quesos diversos, papas fritas, *chips*, bolsitas de almendras y nueces de la India,

elementos para un cóctel perfecto se van instalando en el carro.

—¿Tienes nueva cita? —pregunta él.

—Quedamos de encontrarnos mañana en la playa. Volveré a invitarlo, ¿quieres que le pregunte si me puede traer un loro de México?—. Él la mira como si estuviera loca.

—Lo decía en broma.

Es una buena hora y no hay cola en la caja. La cuenta la paga él.

* * *

El *email* que recibe René Sánchez viene escrito en clave. Después de imprimirlo, aplica los códigos y lo va descifrando hasta dejarlo limpio:

Los gorilas llegarán en una camioneta Ford cerrada. La conduce Elmer Harrison, y la custodian dos personas que Elmer se encargará de contratar. En San Antonio se realizará la transacción, usted recibirá la mercancía y después de dar el visto bueno, pagará el precio estipulado (el dinero se depositará en su cuenta) y deberá vigilar la jaula durante dos días hasta que llegue el camión conservero que se encargará de transportar los micos a México. Usted volará a Monterrey para recibir el camión a su llegada y tratará personalmente con el Lic. Mendoza, quien le pagará en billetes de cien cuando examine a los gorilas y se cerciore de que todo está en orden. La fecha se le anunciará de aquí a dos o tres días.

Me lleva la chingada, René Sánchez se levanta de mala gana y camina agitado hasta la mesa donde están la botella de tequila y las copas, ¡cabrones, ese no era el trato! Que él iba a Monterrey, sí; que entregaba los pinches monos, sí; pero lo de recibir ahí el dinero era nuevo. No le gustaba andarse ventilando con tanto puto dinero, ni menos aún si debía cruzar la frontera. Sólo que él no estaba en condiciones de discutir, ni hacer preguntas, ni responder correos; tenía que limitarse a recibir instrucciones y cumplirlas al pie de la letra, así se había convenido.

Cuatro

—¿Nunca te has casado? —pregunta René dándole vuelo a la mecedora.

—No, el matrimonio no es para mí —Jenny se atraganta con un sorbo de su *old fashioned*—, me gusta la diversión, detesto que me den órdenes y que me hagan demasiadas preguntas. Ya vi cómo les fue de matrimonio a mis primas. Debbie se divorció a las dos semanas y Laura se encuentra recluida en una clínica para alienados mentales, pobre mi prima chica. —Pero en realidad, aunque no pensaba decirlo, sí había estado muy a punto de casarse, con Tom Taylor, el fotógrafo estrella de Animal World, después de la excursión a la selva Lacandona para reportear algunos animales exclusivos de la región, y qué gloriosamente bien pasaron cada una de esas noches en la cabaña que arrendaron en La Cañada de Palenque, como que hasta se les despertó una especie de amor pasional azuzado por los tucanes, los monos zaraguatos, los jabalíes, y como que al regresar, ella a su Wallingford, en Pensilvania, él a Nueva York, siguieron manteniéndose en amorosa correspondencia y sostuvieron ardientes encuentros telefónicos durante los días de semana, y citas de cuerpo y alma los sábados, en un motel equidistante muy cerca de Atlantic City, ese antro de vicio y corrupción. Pero como suele ocurrir, la pasión que surge en los viajes va cediendo y finalmente todo queda en nada, mejor así, matrimonio no—. ¿Y tú, qué me dices? Estás grandecito, ¿tienes hijos?

—Para eso no es preciso casarse, mi reina. —Una brisa demasiada fresca los hizo entrar al dormitorio.

—¿Cuántos? —insiste ella.

—Ninguno, la verdad. Me cuido mucho, no caigo en trampas. Y tampoco estoy para casorios. —Para qué le iba a contar que cuando Lupita finalmente se decidió por su hermano Leo, él se estuvo dando de cabezazos en la pared más de tres meses, en plena desolación, qué bárbaro cómo dan duro esos golpes. A la Lupita se la habían disputado ambos desde los días de colegio y a ella los dos la enamoraban y por eso se metía con uno primero, con el otro después, repitiendo el ciclo durante años, hasta que Leo demostró ser el más audaz, el que la tendió en el lecho y le arrancó el sí exclusivo, *este es el nuevo corrido, que yo les vengo a cantar, de dos hermanos muy buenos que tuvieron que pelear*, les cantaban los compañeros. Pero ni pelearon, ni la Lupita era una mala mujer, no más la vida, que no siempre se dan las cosas como uno las desearía... *Uno Juan Luis se llamaba, y el otro José Manuel, y empezaron la disputa por una mala mujer*—. No, mi reina, casorios no.

—Somos de los mismos. Ven, bésame, apriétame... Así, toma, muérdeme los pezones con tus labios, estrújame como si fuera un trapo, hombre macho, me gustas, con nadie me enciendo tan así como contigo, no sé, todo lo tuyo es prodigioso, ¿vuelves locas a muchas mujeres? No respondas, me voy a poner celosa, déjame bajarte, ponlo aquí, el zíper, sí, sí, más, más...

Vieja caliente, piensa René, parece que llevara años sin que nadie le haga sus cositas, ávida la cabrona, estrujadora y ambiciosa, más, más, siempre quiere, pero no está mal, la verdad, sus carnes siguen duras, sus besos son húmedos y huelen bien, las tetas no caen en desorden, tienen cierta delicadeza casi adolescente, le gusta la pinche vieja, sabe hacer las cosas, exige pero no se descontrola como las chavitas nuevas que rebuznan y quieren seguir y seguir toda la noche, esta vieja es disciplinada, se mide bien y maneja sus movimientos, cabrona vieja, le está gustando demasiado y siente que lo va enredando, eso no debiera pasarle, ricachona además, la casa debe costar un ojo de la cara, muebles a toda madre, ¿tendrán valor los cuadros? Tanto animal que pinta, changos saltando de un árbol a otro a grandes alturas,

un tucán de enorme pico que emprende su vuelo desde unos matorrales movedizos, elefantes revolcándose como escuincles felices en un charco lodoso, impalas que vuelan como danzarinas de ballet, una leona sigilosa que se arrastra furtivamente hacia la manada de búfalos que pastan, dispuesta a dar el salto cazador, dos gorilas frente a frente, hembra y macho de seguro, porque se miran como si fueran Romeo y Julieta en los juegos quemantes del pinche amor la noche que se ven por primera vez, gringa obsesa, monotemática, pero los pinta muy a la moderna, Picasso le queda chico. Ya, gringuita, ahí tienes, hasta adentro, *all the way* como dicen ustedes, profesional, llora, cabrona, deja que tu orgasmo aulle, que el placer se te escape por cada poro, y dale gracias al Creador de que este machote esté aquí contigo, listo para darte gusto, *all the way*, ¿no canta eso el Sinatra?

Jennifer se desenreda la cabellera, se enjuga la transpiración con un Kleenex.

—Delicioso —exclama como si entonara una nota aguda—. ¡Exquisito!

—Modestamente —dice René recordando una antigua película italiana. Se le grabó con mucha fuerza la escena en que el tipo baila con una francesa y al apretársela al cuerpo, ella siente su bulto endurecido y exclama «ulalá» con gran admiración, y entonces él le dice «modestamente».

—Voy a preparar más tragos —amenaza Jennifer—. ¿Prefieres *old fashioned* o tequila?

René tarda en responder.

—Por ahora un tequila.

Aceitunas, cebollines, almendras, nueces de la India, todo de pocamadre, pinche gringa sofisticada, con unos cacahuates bastaba, para qué tanto esplendor, no más que le cayera ese medio milloncete, ¡quinientón! ya vería, él también podría darse lujos, un crucerito para seguir a las ballenas en el Mar de Cortés, qué te parece, Jenny, gorras de marinero, camarote con terraza, ya vas a ver que no es lo mismo un mexicano que un pinche gringo, se acerca el día.

Cinco

Tendida en el *recammier*, fumando, picando aceitunas rellenas, bebiendo de a sorbos breves un Margarita y contemplando las estrellas, Jennifer piensa con pesar que le está gustando mucho el mafioso mexicano, no sólo su sexo, también otras cosas: su voz, su sonrisa, la manera de mirar, y hasta algunas frases que dice. Algo en él le recuerda a Tekayo, como le decían al joven kikuyo que condujo el Land Rover por las reservas de Tsavo, que parecía conocer tan bien sus parajes porque se iba directo y sin vacilaciones donde suponía que podían andar los elefantes buscando charcos para bañarse, animales de muy mal genio y mucha violencia, decía, o el río donde permanecían impávidos los hipopótamos, criminales natos, aseguraba, o las sombras bajo las cuales descansa plácido el rey de la selva esperando que su reina llegue con el almuerzo del día, él sabía todo acerca de esas extensas selvas bajas, buscando las huellas de las gerenuk, las impalas, los búfalos, rinos, antílopes inmensos, hienas y chacales, todas las hermosas bestias salvajes, y que la segunda noche del safari, después de contemplar juntos en silencio la cumbre nevada del Kilimanjaro, se atrevió a robarle un beso mientras su padre nublaba el porche de la cabaña con el humo de su pipa, y al que unos días después, ya de regreso en Nairobi, ella misma se las arregló, con artes de prestidigitadora, para entregarle también su virginidad, ese tan preciado tesoro que a toda joven le dicen que cuide como lo más sagrado, pero que en el fondo se desvive por regalar. Sin embargo sabe muy bien que ahora no debe dejarse ir, que tarde o temprano René caerá en la trampa y marchará derecho a la cárcel, no debe, se dice, no puede dar

rienda suelta a sus sentimientos ni sus ardores, y sin embargo las ansias siguen ahí y mañana lo verá de nuevo, es un hombre de concurso, ¿para qué mierda se dedicaría a negocios sucios? Recio, fuerte de carácter... Imbécil, justo tenía que resultar del tipo de delincuentes que ella no es capaz de perdonar. Toma el teléfono móvil y marca el número de su colega. «Ya debe estar en su hotel», le dice y cuelga.

* * *

Sentado en un sofá frente a un canal de TV que pasa una película de medianoche, muy antigua, en la que John Garfield y Lana Turner planean asesinar a un pobre anciano —marido de la infiel— para quedarse con su pequeño restorán, en parajes muy semejantes a Newport, California de seguro, pero no logra concentrarse del todo, a cada rato su mente se escapa y vuelve a la imagen de Jennifer, revive las sensaciones, gringa ojete, no deja de pensar en ella, ¿se estará enamorando? Lo único que le faltaba, enamorarse de una pinche gringa, viejona por lo demás, ¿serán buenos sus cuadros? Él los vio y aunque entiende poco de pintura, sabe que si son buenos se pueden vender bien, y con la de cuadros que tiene en su taller podrían comprarse hasta un palacio, linda la Jenny, con qué gracia se desprende del *brassier*, sin darle los ojos porque quizás sienta pudor, gringos puritanos, parece recatada al comienzo, pero luego se va soltando y termina como desbocándose, yegüita salvaje. Suena el teléfono, contesta. Una voz masculina recita instrucciones. Se corta la comunicación.

Seis

Nadan con calma en el mar plácido una mañana de sol amortiguado, fresca, sin hostilidad estival. Los pequeños yates de vela blanca parecen ejecutar un ballet sobre el escenario de la bahía. René y Jennifer detienen las brazadas, respiran hondo, se tocan, ríen, un beso largo, frotan sus cuerpos.

—¿Irás conmigo por unos días a San Antonio? —pregunta Jenny.

—¿A San Antonio? Es una ciudad horrible —dice René—, ¿por qué quieres ir a esa mierda de San Antonio?

—Parece que me van a comprar tres cuadros para una colección privada, viaje de negocios, como dirías tú. —Ahora caerá, tendrá que caer, la trampa está tendida, ella sabe que él debe viajar justo en estos días para recibir la entrega—. Creo que iré la próxima semana, el martes, por ahí.

René Sánchez saca la cuenta de los días. Al parecer no se cruzarán. Él tiene que viajar por la operación de los pinches changos, pero la verdad es que no puede ir con ella, solito tendrá que ser, ella no debe ni siquiera sospecharlo, no deben coincidir las fechas.

—No —dice—, no creo que pueda. —Repasa las instrucciones. De San Antonio debe cruzar la frontera mexicana hasta Laredo, embarcar los micos con destino a Monterrey, y volar al día siguiente para el intercambio, medio milloncito, ¿qué tal?

—Acompáñame —ruega ella, ambos flotando verticales, juntando cuerpos—, ay, acompáñame, no seas malito.

—Qué más quisiera, mi reina, pero tengo asuntos que atender en esos días. —Sonríe—. Un negocio importante. Debo ganar la vida, ¿no?

—Eres cruel con tu amorcito.
¿Amorcito?, piensa él.

* * *

Sudando con buen flujo, pedalean Jennifer y su colega de bigote gris en una de esas góndolas que circulan por el estero artificial construido para dar un poco de esparcimiento a los moradores de una ciudad muy calurosa y agobiante. La ridícula nave ciclística avanza como si a un paquidermo lo intentaran empujar dos palomas. Por suerte, ya les queda poco por hacer, está todo prácticamente dispuesto, sólo hay que calcular con certeza los tiempos y mantener la sangre fría.

—Este calor es asesino —dice él—, lento pero mortal, una bomba de tiempo.

—Infernal, no se compara con nada —concuerta Jennifer secándose la transpiración de frente y rostro con un cargamento de Kleenex—. Gracias a Dios, mañana podremos decir «misión cumplida» y a casa los boletos—. Piensa en su casita de Wallingford, al otro extremo del país, es pequeña y modesta, pero es *su* casa y si bien no mira al mar, al menos está rodeada de buenos árboles en cuyos ramajes se despanzurren las ardillas, y su patio da a una quebrada que cae hasta un estero cristalino donde llegan a beber venaditos iguales a Bambi, qué otoños dorados, qué luz de primavera...

—Regresarás a Newport, ¿verdad?

—Solamente por tres o cuatro días, hasta que venza el contrato de arrendamiento de la casa, ¿por qué no aprovechar las generosidades del palacete?

—¿Me vas a invitar ahora?

—No.

—¿Te gustó mucho el mexicano?

—Sí. —Oh, René, te voy a extrañar, por qué tuvo que ser así, me vas a odiar, querido, pero no me odies mucho, por favor.

—¿Te enamoraste? —Ella lo mira a los ojos y no respon-

de. Es una mirada triste, de pérdida, de que no hay remedio—. ¿Acaso te estás arrepintiendo?

—No, cómo puedes pensar eso. Lo que hay que hacer, hay que hacerlo, eso lo tengo muy claro. Nuestro trabajo es más importante que mis sentimientos personales.

—De manera que el gran perdedor de la jornada soy yo. Antes de todo este asunto, tú y yo estábamos a punto de iniciar algo más profundo, hasta me rondaba la idea de que nos casáramos, ahora en cambio voy a pérdida, volví atrás. ¿Por qué siempre me resultan mal las cosas? Ya casi es costumbre, cada vez que hago cita con alguna chica, llego un poco antes de la hora fijada, casi seguro de que ella no se hará presente. Soy desde la partida todo un perdedor.

—Lloras mucho, colega, el perdedor es él, ¿no crees? Al fin y al cabo va a ir a dar a la cárcel. Y sin recibir ninguna de sus recompensas.

—La imposibilidad mía contigo también es una cárcel, de otro tipo, un encierro sin entradas de aire; ¿tal vez más adelante...?

—Tal vez. Oye, colega, no doy más, hagamos un alto en alguno de estos bares de la orilla para beber una limonada, un Tom Collins, cualquier cosa que tenga toneladas de hielo. Falta todavía una maldita hora para que nos vamos a probar los... ¿cómo llamarlos? ¿Trajes?

—Más bien disfraces, diría yo.

Siete

Tirado en la cama del Hotel Regis, René Sánchez repasa las instrucciones, *qué estará haciendo la pinche gringa, mejor la hubiera traído con él, como en esta ciudad el calor no deja ni asomarse a la calle porque salir del hotel climatizado al mundo exterior es como ir entrando a un horno, o al mismo infierno, qué contraste, «salir» es como «entrar», estarían ahora en la camita gimiendo igual que dos primates juguetones, un par de animales salvajes y calientes, gringa puta, cuando regrese la hará ver estrellas, morder los almohadones la hará, invocar a Dios, ¿por qué carajos no se concentra? Entre las diez y las once A.M. le avisarán al celular que llegó el furgón y él tomará su carro rentado para dirigirse por la autopista San Antonio — Laredo al kilómetro 5, donde encontrará un atajo con la indicación El Álamo. Tomando por ahí y a unos mil metros, cercado por una corrida de álamos, verá un galpón semejante a los depósitos de trigo, pinche gringa que se le metió en la sangre, «bajo la piel», igual que en esa canción, una vez estacionado el auto, se baja, marca un número de celular, se identifica con su plica para que le abran el portón, ¿serás honesta mi Jennifer o nomás gozadora como las lobas hambrientas que se agarraban a los lancheros en Acapulco, y adentro del galpón encontrará a dos tipos que no conoce? Ellos descubrirán la jaula dentro de la cual estará el medio millón que va a cambiar su suerte, un par de monos viejones para que los luzca en los jardines de su mansión el Señor de Monterrey, el mero-mero, el mismísimo patrón de los billetes ¿qué tal un crucerito por el Caribe, mi Jenni, Jamaica, Curaçao, las islas?*

Se incorpora, alcanza el auricular.

—¿Room service? One tequila double and two lager beers, por favor. —¿Qué carajos se puede hacer ahí? Por suerte mañana es otro día, piensa.

* * *

Saborea unos tacos de cochinita en pipián, mientras le sirven la segunda taza de café. Suena la estridente melodía de su celular. Contesta. Pregunta. Responde. Concuerdan. Todo en orden, de acuerdo, sí, al pie de la letra, para allá va.

Maneja tranquilo, buenas carreteras hacen los gringos. Las órdenes son para cumplirlas, se vuelve a decir, y no para estar de acuerdo con ellas, pero la verdad es que eso del dinero no acaba de gustarle, no se habló así en un comienzo. Después de todo, si a alguien agarran va a ser a él, total ya basta, un poco de paciencia, dos o tres golpes más de éste calibre y podrá retirarse con lana suficiente como para disfrutarla en un par de encarnaciones. Buen camino, baja la velocidad, dobla, cinco kilómetros, a la derecha, terracería y uno más, ahí se deja ver el galpón como silo. Detiene el carro, baja, digita el número y espera. «Alacrán güero» **pronuncia cuando le responden, al minuto el portón comienza a abrirse.** Entra caminando, todo va bien, tal como le dijeron, ahí están los dos tipos que no conoce. Se dan la mano, uno de ellos es gringo.

—Harrison —saluda.

—¿Todo en orden? —pregunta René.

—Como se debe.

—¿La mercancía?

Caminan hacia el ala posterior, donde se halla la camioneta cubierta con lona. Uno de los tipos desata los nudos de los tirantes, el otro empieza a jalarla. Gruñidos. Asoman a la vista los barrotes de la jaula y tras ellos, medio millón de dólares en forma de dos flamantes gorilas en actitud sumisa, desconcertados quizás por la nueva vida que ya intuyen, pero van a estar bien, pinches monos, vivirán a toda madre al amparo del Señor

de Monterrey, atendidos, alimentaditos por el mero-mero, contentos, cabrones, qué vida, buen final para ustedes. Uno, dos, tres, los primates llevan sus manos al cuello y se quitan la cabeza. René Sánchez no puede creer lo que sus ojos están viendo: el mono no sabe quién sea, pero la mona es Jennifer, su querida gringa Jenny, que no le entrega la vista, los ojos miran hacia abajo con una expresión que podría ser de amargura, mientras Harrison, advirtiéndole que desde ahora todo lo que diga podrá ser usado en su contra, le coloca las esposas.

CUENTA FINAL

Aquella noche de un septiembre sin lluvia, pero sumamente septiembre, algo fría y con el viento haciendo zumbar los cables eléctricos como si fueran violines desafinados, la gringa Wif coqueteó con cada uno de los hombres que se dedicaban a bailar, fumar yerba y tomar cubas o vino. Pero el infeliz que tuvo que pagar la cuenta final, los platos rotos, como dicen, fui precisamente yo.

Cuando llegué a la fiesta —solo como perro sarnoso, porque mi Chica me había mandado a freír monos—, la Wif estaba sentada en un sofá entre Manólopez y el profesor Ruddex, con el torso muy erecto, compuesta, los brazos cruzados como si prefiriera ocultar ese par de pechos con que la naturaleza la había premiado para retar a los hombres. Hacía preguntas y miraba sonriente el entorno. Parecía una diosa. Advertí que en el momento en que llegaron Ricardo y la Eli, su mujer, le puso al profesor Ruddex una mano en la rodilla, muy tranquila, como si nada, y le preguntó quién era el recién llegado.

—*Here comes this beautiful man Ricardo* —dijo otra gringa, la esposa del poeta Miller, que ya andaba en bailes con la negrita Pamela, su mano cayendo un poco más debajo de la cintura. A Manólopez le encantaban los gringos, siempre lograba que en sus fiestas hubiera más de alguno.

Ricardo, un tipo moreno, confeccionado como para constituirse en estampa emblemática del *latin lover*, saludó a todos uno por uno, y cuando le tocó el turno a Wif, al pasarle la mano, aprovechó para darle un jaloncito e invitarla a bailar. Al levantarse, la gringa pareció como si se estuviera desenrollando, igual que cuando las cobras se salen poco a poco del canasto al ritmo de las notas de una flauta. Era unos treinta centímetros más

alta que *Richard the beautiful* y él, a todas luces, se sintió un tanto ridículo mientras daba los primeros pasos de *Strangers in the night*, pero tuvo la dignidad de seguir adelante sin apoyar la cabeza en los pechos de Wif, que es donde le llegaba, porque ahí, de seguro, la Eli habría tenido que pedirle explicaciones. Yo miré a Finger insinuando una risita y él respondió con los ojos, como diciendo «pobre Richard, en la que se fue a meter».

Di una vuelta por el comedor y el living de la casa observando las paredes. Había una acuarela bastante bonita, una marina sureña. También una reproducción de «Mujer en blanco», que me gusta mucho, antes de que Picasso se enredara en los líos del cubismo. Me detuve frente a una estantería ocupada por libros y algunos objetos ornamentales. Buenas cosas, me pareció: antologías poéticas, obras de Blest Gana y de Sartre, cacharritos incas, móviles de la modernidad, un pequeño busto de Mao. Después de esta excursión, me acerqué al mesón del fondo, serví una buena dosis de ron blanco en el vaso y le «escancié» — como se dice en algunas novelas españolas — Coca-cola, la mierda imperialista. Como se había terminado el hielo, me dirigí vaso en mano a la cocina.

Primero escuché la voz del profesor Ruddex diciendo en inglés «estoy casi listo», y acto seguido a la gringa Wif responder «¿de veras?» mientras le daba a Ruddex un agarrón certero en pleno paquete, asegurándose de que eso fuera cierto, «Oh, sí, parece que sí», **exclamó con cierta dosis de entusiasmo. Me retiré discretamente, sin el hielo, resignado a tomarme la cuba como si fuera un consomé.**

Me senté en un puf oriental y debo haber pasado un buen rato pensando en la inmortalidad del cangrejo, porque de pronto, como si despertara de un sueño imperceptible, advertí que la iluminación se había debilitado —estábamos a media luz—, que la esposa del poeta Miller le hacía guiños a *Richard the beautiful*, y que el propio gringo se escabullía escaleras arriba de la mano con la negrita.

—Dame una pitada —le ordené a Finger, que haciéndose el

huevo se premiaba solo con un pito de yerba. Digo «le ordené» en lugar de «le pedí» debido a que yo a Finger le daba órdenes en lugar de pedirle favores. Era una especie de sirviente que bailaba al son de mi ritmo, un niño grande siempre dispuesto a complacer para que no lo castigaran, y conmigo practicaba bien sus lecciones, hacía ensayos generales de cómo comportarse en sociedad. Me pasó el pito, y llené de humo y dicha mis entrañas. En ese momento podría haber lanzado al aire bendiciones y versos en nombre del Maligno, pero cuando de pronto, como un golpe a mansalva, se me atravesó en el recuerdo la imagen de mi Chica Janet, me saltó el corazón y sentí que también podría gritar a todo pulmón una sarta de maldiciones en nombre del Espíritu Santo, maricona Janet que me había dado calabazas tan sólo por el entusiasmo con que le hablé de la revolución cubana, una revolución en español, le dije, y no en ruso o en chino. Que yo no tenía ni auto para ir a dejarla a su casa, me sentenció, que ella iba a titularse de arquitecta, a construir casas, a viajar, mientras que yo hacía pender mi destino de una guitarrita y una voz que por lo demás no le parecía demasiado buena, que me pusiera las pilas —gritaba—, ella no estaba para irse de jipi a alguna estúpida granja a criar gallinas y cultivar betarragas, que se fuera a la cresta el Che Guevara; y se mandó al buche de un paraguazo las mil y una noches sublimes que habíamos pasado juntos, y esos fines de semana en que me tocó cantar en Valparaíso y nos largábamos de vagancia entre marisco y marisco. Y entonces como que no quise estar vivo, quise salir de mi cuerpo, escapar de este mundo, felicitar con toda mi alma a personajes como la lujuria, la envidia, la avaricia, a cada uno de los vicios, largarme a recorrer las geografías con el señor del Mal de la mañana, cagarme en la indiferencia ¡y que reventara el sol! En esas lúdicas regiones andaba mi espíritu cuando la gringa Wif salió de la cocina un poco despeinada y recuperó su antiguo asiento.

—Cuéntame cómo los entrenan en la CIA —le dije, acercándome con el puf. Me miró como si esa pregunta ya estuviera cansada de responderla, me pidió el pito y aspiró.

— Los cuerpos de paz no tienen nada que ver con la CIA — dijo después de vaciar sus pulmones—. Nosotros venimos a colaborar.

— ¿Y Miller?

— Él tiene una beca.

— ¿De la CIA?

— No, tonto, la CIA no da becas. De la Fundación Fullbright, una institución benefactora.

— Ah, ya, una institución benefactora.

— Baila conmigo, *baby*, y deja las preguntas para mañana, ¿quieres?

Me arrastró a la sala y nos mandamos un numerito con *I'll be there*, un himno de nuestra época.

— Yo estaré ahí — dije, sintiéndome dueño del idioma inglés.

— No, *baby*: *I'll be there* significa «cuenta conmigo».

— ¿Que cuenta contigo?

— *I'll be there* — respondió con una risita.

Yo era bastante más alto que Richard, de manera que Wif no me quedaba tan grande, aunque de todas maneras me llevaba algunos centímetros. Sentí rico y cálido el contacto de su cuerpo, la presión de sus pechos, el aliento en mi oreja. Ella lo notó.

— ¿Te gusta el profesor Ruddex? — pregunté.

— No — dijo—. Me gusta Manólopez. — Le entreabré un poco las piernas con mi rodilla y ella suspiró—. ¿Pero sabes quién es el que más me gusta, *baby*? Adivina... El que más me gusta de todos es el que está bailando conmigo — se me apegó un poco más—. ¿No podríamos ir a otra parte?

¿A otra parte?, pensé. Eran las once de la noche y estábamos en La Florida, casi a las afueras de Santiago.

— ¿A otra parte? — dije como un estúpido.

— No sé, piensa tú, que conoces más. Quizás puede ser el piso de arriba, o tu departamento, usa la imaginación.

La gringa estaba caliente, y me dije muy a lo mero macho que si no era conmigo, ¿entonces con quién? Y si no era ahora, ¿entonces cuándo?... La imaginación... ¡El prehistórico cacharro de

Finger! Para eso me alcanzó la imaginación, un Ford de los años 30, de esos más cuadrados que un baúl, pero que todavía parecía capaz de subir el Cerro San Cristóbal, ahí estaba la cosa. Terminaba el disco y seguimos abrazados, la gringa y yo.

—Déjame a mí —le dije—. Ponte tu chaquetón y acércate a la puerta porque vamos a salir.

Finger le había pasado el pito a Manólopez y parecía como volando. Me acerqué.

—Pásame las llaves del auto —le dije autoritario. Pareció desconcertarse, ya que yo sólo había manejado su automóvil con él arriba, pero nunca se lo había pedido.

—¿Las llaves del auto?

—¿Las llaves del auto? —arremedé con voz de vieja, como en el chiste ese de «¿maestro, seré yo?»—. Pásamelas, huevón, que me está esperando la gringa Wif...

* * *

—¿Dónde me llevas? —preguntó Wif—. ¿Conoces algún motel por aquí?

La noche se mostraba especialmente oscura y los focos de la porquería que me había pasado Finger no eran ejemplo de potencia, de manera que avanzábamos despacio rumbo al sur, me figuro que por la angosta carretera que engarza los pueblitos del Cajón del Maipo. La verdad es que yo no conocía ningún motel, ni ahí ni en ninguna otra parte, pero preferí que la gringa se sintiera cómoda y segura. Nuestro motel iba a ser la parte de atrás del cacharro, que al menos era generoso de espacio, sin las estrecheces del mundo moderno.

—Sí —le dije con un cinismo que sólo me pudieron generar las pitadas de marihuana—. Un poco más allá, cerca de Las Vizcachas, hay un motel muy bueno, con habitaciones de distintos estilos, la romana, la egipcia, la cavernaria, la sadomasoquista... —le estaba describiendo el Hotel Valdivia, de pleno Santiago, que yo tampoco conocía sino de oídas. Me había convertido en

campeón mundial de la mentira—. Y sirven traguitos, bocadillos de caviar —seguí, completamente lanzado—, y nos podemos quedar hasta mañana, que se joda Finger.

—No —dijo la gringa, tragándose las palabras como si le hubiera dado un susto—, tenemos que volver, porque Harry me va a ir a buscar a la fiesta.

—¿Harry? ¿Quién es Harry?

—Es mi chico, pololo, como dicen ustedes, también pertenece a los *peace corps*.

Un poco más adelante a mano izquierda, vi un camino rural internándose en un macizo de árboles cuya sombra se insinuaba por la reciente aparición de una cómplice lunita menguante. Una flecha indicaba que se podía entrar, de modo que doblé. Un letrero escrito a mano sobre una tabla decía «Las parcelas».

—Por aquí es —le dije.

—¿El motel?

—El motel: un poco más adelante.

—Pero no se ven luces, no se ve nada.

En eso Wif tenía mucha razón: no se veía nada.

—Tienes razón —admití—, no hay luces; tal vez me equivoqué, doblé antes.

Estábamos en pleno campo y habíamos llegado a los árboles. Apenas vi la posibilidad, me salí del camino, detuve la cafetera, apagué motor y luces.

—Está frío aquí —dijo Wif. —Entonces la abracé, mis labios buscaron los suyos y ambos les permitimos a nuestras manos toda la libertad del caso.

—Cambiémonos para atrás —dije en una tregua.

—Sí —dijo ella con mansedumbre.

En el asiento trasero, las cosas no se mostraron fáciles. Aunque el asiento era blando y de una sola pieza, la estatura de la gringa no resultaba un factor demasiado cómodo: por un extremo le sobraba cabeza y por el otro piernas, y la corriente fría que circuló con las dos puertas abiertas, nos anduvo medio empalando, después de que ambos nos sacamos los jeans y tra-

tamos de ensamblar nuestros cuerpos para cumplir con el objetivo que nos había llevado hasta allí.

—Oh, no —dijo la gringa varias veces mientras yo le lamía el ombligo—, oh, no... Esto es ridículo. —Y se cambiaba de posición para facilitar los trabajos, que con cada cambio se complicaban más, hasta que el frío, la incomodidad, los nervios, desembocaron en plena fatalidad y mis energías se desinflaron como un globo.

—Se siente rico —dijo Wif cuando mis labios empezaron a reptar como orugas hacia abajo—, pero vámonos mejor, tengo mucho frío. —Y sentí que su cuerpo tiritaba. Hicimos el camino de regreso en completo silencio y antes de llegar a la casa, ella me puso una mano en la rodilla, sin decir nada, como asegurando que no había razones para que me sintiera mal.

* * *

Desde el mesón del fondo, las botellas se erguían vacías, y tuve que calentarme un café para aliviar los tiritones, que persistían.

Manólopez bailaba con Finger ese bolero de «sombras nada más»; el profesor Ruddex se había marchado; el negro *Richard the beautiful* y Miller discutían sobre la CIA, Cuba, el asesinato de Kennedy y la ruptura chino-soviética. Los chilenos no necesitábamos que esa tropa de muchachos vinieran a ayudarnos y enseñarnos cómo hacer las cosas, decía Richard. Y el gringo replicaba que esos muchachos colaboraban en las siembras y las cosechas, en las poblaciones, la construcción, hacían muy buena labor y además evitaban así que los enviaran a combatir a Vietnam. Al presidente lo había matado el enemigo interno, los conservadores, los hijos del Klan y no los agentes de Moscú; China era el despertar de un gigante dormido; el Che Guevara quería contagiar de revolución a todo el continente americano; y era preciso cambiar las condiciones de vida para que esto no resultara necesario, por esa razón estaban aquí los muchachos. La negrita Pamela se había dormido despaturrada en un sillón.

Me acerqué a Finger.

—Aquí están las llaves —dije, echándoselas en el bolsillo del vestón, sin siquiera dar las gracias.

—¿Te fue bien? —preguntó en un susurro cómplice.

—Sí —dije.

De pronto esa condición casi estática de la fiesta se vio estremecida por los estertores selváticos de una moto, seguidos de dos timbrazos fuertes.

—Debe ser Harry —dijo Wif dirigiéndose desganadamente a la puerta.

Era Harry.

—Hey, amigos, él es Harry. Harry, éstos son mis amigos.

Melena castaño clara hasta los hombros, pantalón y casaca de cuero negro. Buena estatura para la gringa. Fuerte. Pensé que si hubiera querido disputarle a su novia por la violencia, me habría ido cortado como un volantín de septiembre.

Bailaron los pololos y ella de pronto pareció ponerse feliz, ¿qué se estarían diciendo? Él reía mientras ella le explicaba algo, después reía ella y él la miraba fijo. Ricardo se levantó y le dijo a Eli que era hora de partir. Finger y Manólopez ya no bailaban. Miller miraba con avidez a la negrita, que había vuelto a la vida con los timbrazos. Wif se me acercó.

—¿Un último baile, por favor?

En la mitad de *All the way* me lo explicó. Harry y ella deseaban pasar la noche juntos. Qué bien, qué bien, dije, que la pasaran, ¿cuál era el problema? Para eso pololeaban, verdad... El problema era que cada uno estaba albergado en una distinta casa de familia... Y eso no era problema, por algo existía el Hotel Valdivia, con distintos tipos de habitaciones, igual que el motel que no pudimos encontrar, aseguré.

—Ah, sí —dijo languideciendo—, el Valdivia. Alguna noche tienes que llevarme tú, para continuar lo de hoy. Pero lo que pasa es que Harry y yo estamos sin dinero, quiero pedirte un favor...

If somebody loves you, it's no good unless he loves you all the way, cantó Sinatra.

—¿Dinero? No creo que tenga.

—Algo debes tener, chico malo.

—No, no tengo.

—¿Y cómo pensabas pagar ese motel que no encontramos?

Por favor...

Me sentí atrapado y al mismo tiempo se me partió el alma. Tenía razón la puta gringa. Pero como la verdad es que yo *no* tenía dinero, después del baile llamé a Manólopez y le pedí un préstamo, diez mil, en tres o cuatro días le pagaba, total nos veíamos cada semana por lo menos un par de veces. ¡Era lo último! En ese momento podrían haberme colocado con justa razón la corona de campeón universal de los huevones, y yo obligado a sonreír agradecido. Pero no había escapatoria.

Me acerqué a Wif, con el billete bien dobladito en mi mano empuñada.

—Un gusto haberte conocido —le dije estampándole un beso frígido en la mejilla y tomándole con disimulo la mano para depositar en ella los diez mil—. A ti también Harry, que tengan una buena noche, no corras mucho en esa moto, eh, se pueden sacar la cresta.

Todos fueron partiendo y yo me acerqué a Finger con cierto grado de desolación que me raspaba el alma.

—¿Me llevas a mi casa? —le pregunté con humildad.

CAFÉ CON PIERNAS

I

La primera vez que Salvador Munizaga visitó el café con piernas de Huérfanos esquina Bandera, se dedicó por entero a observar, a través de sus lentes oscuros, a una de las muchachas que muy risueñas atendían a los clientes enseñándoles generosamente sus atributos naturales. Realizó la inspección minuciosamente y con gran disimulo, mientras paladeaba sorbo a sorbo su capuccino y ella atendía a otros clientes. Era la más atractiva de las cuatro o cinco garzonas que elevaban la temperatura del local, y parecía también la más joven, lo que le daba cierta ventaja para realizar la tarea que él deseaba encomendarle. Pero lo mejor era que reunía cada una de las características que Marcelino Saldaña demandaba de cualquier mujer que le pidiera guerra: bien armada, ni gorda ni flaca, pechos opulentos, piernas alargadas, brazos lampiños, trasero vibrante, cabellera lacia. Ninguna belleza del otro mundo, pero sus ojos oscuros relucían potentes en juego con la sonrisa jovial que ofrecían unos labios rosados y carnosos. Pensó que con esa estampa y apenas un simple guiño de ojos, su amigo —por llamarlo de alguna manera— caería como un bobo en la trampa.

En la segunda visita, Salvador Munizaga se hizo atender por ella y al momento de colocar el vale de su café sobre el mesón, lo acompañó de un amable billete de cinco mil pesos. Ella miró con serena curiosidad la insólita propina y la guardó en el bolsillo de su blusa. Azúcar o sacarina, preguntó. Cuando trajo el capuchino él le habló en voz baja.

—¿A qué hora sales?

—Seis —dijo ella con seriedad, sin darle los ojos, pasando un paño húmedo por el mesón.

Munizaga escribió unas palabras en la servilleta de papel que luego deslizó hacia la mano de la muchacha.

II

En su primera escapadita de esa mañana al baño del personal, Flora Sánchez, mientras orinaba, contó las propinas y aprovechó de leer el mensaje que le había entregado el tipo de lentes oscuros y gorra de cuero que le pasó cinco lucas. «Te espero a las 6.15 en la puerta de la Catedral. Tengo algo para ti», decía y estaba firmado con las iniciales S.M. *Qué querrá el huevón, se pregunta. Será lo que quieren todos, un polvito sin complicaciones, no está mal el tipo y parece bastante gentil de bolsillo, ¿pero qué con el Juancho? Desde el lunes que no lo ve y capaz que se le taima, su genio no es de lo mejor y si le dan los monos puede dejar la cagá, como pasó cuando lo del Pascual Vásquez. A las seis y cuarto en la Catedral, seguro que la querrá invitar a servirse un trago en el City—bar, que está justo a la vuelta y es oscurito, como conviene, y después de entrar en confianza y tentar unos toquecitos de mano, en taxi hasta el motel, veinte lucas, ni un peso menos, si quiere quiere, y al Juancho le avisará a última hora a su celular para que no huevee, ya, ya, niñito, mañana nos vemos, mañana sin falta, mañana tilín tilín, bacán el Juancho, pero la vida está muy cara también, y difícil, todo sube y a un billetito de veinte no se le puede dar la espalda, ¿será pelado el huevón, si no para qué se pone esa gorra cuando no hay ni señales de que pueda llover? Café con piernas, por suerte las tiene buenas, no como las de la Chela, cortas y gruesas, seguro que a ésa la contrataron por el tetamen descomunal que se gasta. S.M., se llamará Santiago, o Salomón, o Sacarías, no, Zacarías parece que es con zeta, y qué importa cómo se llame, será una pura vez que lo hagan y punto, más no los aguanta, porque se puede transformar en costumbre y para nada se arriesgará a que el Juancho le saque la chucha otra vez, qué rico mear.*

Al mediodía el café se llena y llueven las propinas, a veces generosas.

III

—¿Qué te sirves? —pregunta Salvador Munizaga.

—Un Kir royal —dice Flora Sánchez, mirándolo como si supiera que lo está sorprendiendo con un pedido poco común.

—Para mí un Martini seco —dice Munizaga—, muy seco, ¿me comprende?

—Lo comprendo —replica el barman sin sonreír—, lo comprendo muy bien, a mí también me gusta bien seco.

—¿Tienes algo para mí, cariño? Así dice tu mensaje.

—Claro, y seguro de que te va a interesar. Es un trabajo fácil por el que recibirás buena paga.

—¿Qué tengo que hacer, matar a alguien de una puñalada, descartuchar a un lolo, secuestrar a tu suegra, chupárselo a un senador de la República?

—No te aceleres.

—Por casi todo he pasado ya.

—¿Ah sí? ¿Se lo has chupado a un senador?

—A dos.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve... No, tengo veintitrés...

El barman se acerca con su bandeja y deposita sobre la mesa de madera, aparte de los cócteles, un platillo con aceitunas negras y otro con maní salado. «Provecho, señores», dice solemnemente.

—¿Todos los días sales del trabajo a la misma hora?

—Los martes y los jueves termino a las ocho.

—¿Vives lejos?

—Maipú. —Arrisca la nariz como si hubiera mal olor en el ambiente—. Tardo hora y media en llegar. —Empuña las manos—. Tengo que tomar dos micros, y en la mañana son casi dos

horas, el Transantiago es una mierda, lo hicieron para cagarnos.
— Está bien; ahora escucha...

IV

Flora Sánchez repasó bien las instrucciones, pensando que sería un dinero fácil, sin mayores riesgos y sin sacrificar demasiado tiempo como para descuidar a su mino, que en una de esas se ponía bravo y la mandaba directo a la cresta sin más trámite, que ya eran muchas las que le venía jugando desde que la contrataron para bien o para mal en el café con piernas.

Tenía que actuar natural —era la instrucción—, como si nada, hasta que un sujeto como de metro ochenta, casi siempre de camisa y corbata, pelo un poco rizado, sus cuarenta y dos, cuarenta y tres, le hiciera alguna insinuación. La primera vez llegaría junto con S.M. y ella debía atraparlo de inmediato para que entonces no dejara de acudir ni un solo día al café. Un guiño, una bajada de pestañas, cierta sonrisita, atenderlo con especial atención, todo eso, convertirlo desde el comienzo en un adicto. No la asustaba para nada, ella podía llevar las cosas muy bien, estaba segura.

En algún momento, Marcelino Saldaña la invitaría a salir y ella sí, por supuesto. La llevaría de seguro a comer a un restorán más o menos, posiblemente a pasear, y la iría a dejar en su auto hasta las cercanías de su casa. La segunda vez quizás se pusiera un poco nervioso al proponerle lo que le tenía que proponer, pero ella debía hacerle las cosas fáciles. Empezarían a juntarse un par de veces a la semana y para ella los deseos del sujeto serían órdenes, nada más. Chupárselo si eso quería, ofrecerle el chico, dejar que le metiera la lengua, cualquier cosa. Pero por ningún motivo aceptarle dinero, ¿claro? Ella hacía todo eso porque él le gustaba a morir y quería ser la esclava de sus caprichos, el dinero vendría de otra parte. *Pega fácil, ojalá que además el huevón fuera bueno para el meneo, así el esfuerzo no la agotaría*

tanto y entonces además de trabajo hasta pudiera resultar como un premio y ahí sí que el Juancho no le vería ni el ojo a la papa durante el tiempo que durara la pega. ¿Y los informes por qué?, se preguntaba. S.M. le exigiría una versión detallada de cada encuentro y aseguraba que cuando ya el tipo estuviera por las cuerdas, tal vez le diera nuevas instrucciones acerca de algunas fotografías, ¿tenía celular? ¿Y quién no? Y si hacía bien las cosas, le podría subir un poco la paga; ningún susto porque ella siempre hacía bien las cosas, desde chica, cuando la abuela la obligaba a repetir frases pronunciadas como se debe, y no era broma, la abuela pasó en su juventud algunos años en España y sabía cómo hablar, y estricta era la vieja, que no le aguantaba demasiadas travesuras, linda la abuela, ¿por qué tuvo que morirse? Con eso todo cambió y los cambios no fueron para mejor, se esfumó la casa de La Florida y se mudaron a la población con todo el hueveo de las protestas, balazos, los narcos, las noches con miedo, que nunca resulta grato, pero como regalo del cielo le había caído esta pega de garzona en el café, que después de todo no estaba mal, y mejor si además le llegaban «pololos» como éste, con buenos billullos y poco trabajo, aunque algo de riesgo, se decía, porque si se enteraba el Juancho, la huevá podía pasar a mayores y eso ya era otra cosa.

V

— ¿Cómo me quedaron las milanesas? —preguntó Delia.

— Estupendas —dijo Salvador Munizaga sin haberlas probado aún. Porque sabía que a Delia todo le quedaba estupendo, no sólo las milanesas. Era la persona más cercana a la perfección que jamás conociera y lo único erróneo que cometió en su vida fue casarse con este pelmazo de Marcelino, un estúpido bonito bastante pintoso, pero engreído y más vacío que un globo desinflado.

— Un poco crudas para mi gusto —se quejó Marcelino. Hue-

vón; no era capaz de un comentario gentil, tenía que mostrarse disconforme, lo que se manifestaba de sobra en las arruguitas que se iban formando en el rostro de Delia, aunque de ningún modo la afeaban porque a ella nada podía afearla, sino que a lo mejor hasta le añadían cierta gracia especial. Siempre había sido como una dueña exclusiva de la gracia, desde los diez años, cuando se conocieron en el colegio y se gustaron a primera vista durante uno de los recreos, y ella se amarraba con un elástico su colita de caballo y la miró como si nunca hubiera visto nada igual, y ella retiró por unos segundos su mirada, pero volvió a entregarla con una sonrisa que decía que sí a todo. Siguieron siempre juntos, en calles, plazas, cines, parques, playas, fuentes de soda, oficinas. Caminaban de la mano y a veces se dieron besos rápidos en los labios. ¿Cuántas pajas se corrió evocándola? Fueron inseparables hasta que la universidad los llevó hacia distintas carreras, otros barrios, horarios poco compatibles, intereses ajenos. A él se le presentó la posibilidad de un viaje al país de las oportunidades y en el intertanto a Delia no se le ocurrió mejor idea que la de conocer al estúpido de Marcelino (¡cómo puede alguien llamarse Marcelino!), caer en sus redes y en pocos meses casarse con él «hasta que la muerte los separe», pero no los separará la muerte, él ya lo decidió, los separará el encanto fresco y cálido de una muchachita de café con piernas que tiene la misión de llevarlo al delirio, convertirlo en una planta, hacer de él algo más oscuro y miserable que un caracol.

—Necesito tratar un asunto contigo —le dijo Salvador a Marcelino—, pero no ahora, ¿tienes algunos minutos mañana al medio día?

—Creo que sí... ¿De qué se trata?

—Un posible negocio que nos puede convenir a los dos. En toda la esquina del Paseo Huérfanos con Bandera hay un *Do Brasil*, ¿te parece a las doce y media?

Cuando después de un café turco y el drambui de bajativo, servidos angelicalmente por Delia, Salvador Munizaga se despidió de sus anfitriones, le dio primero la mano a Marcelino recor-

dándole la cita y, después, un tierno beso en la mejilla a Delia, que lo miró con algo así como cierta profunda melancolía que quizás brotara de la certeza de haberlo hecho todo mal en la vida.

VI

Salvador Munizaga leyó por última vez el texto que había redactado con las informaciones de Flora Sánchez y les dio otra mirada a las tres fotos tamaño postal a todo color que había elegido para que se le abrieran por fin las sendas de un futuro que desde siempre —los diez años— venía esperando. Se ve a Marcelino luciendo una fina chamarra de gamuza *beige* cuando entra a un restorán del brazo de la joven Flora Sánchez que luce minifalda celeste y medias negras caladas. En el momento mismo del *flash*, ella le stampa el fresco *rouge* de sus labios en pleno cuello. Se ve en otra el Subarú de Marcelino pasando a través de los cortinajes de un motel, su patente a la vista. Y a Marcelino en cueros, sonriendo satisfecho y con el miembro erecto, acercándose a la corriente del río en alguna zona del Cajón del Maipo. Y por último, se ve a Marcelino lamiéndole un pezón a Flora en el interior del automóvil. Suficiente: la chica del café con piernas había hecho un trabajo muy profesional, y él la remuneró como se debe. Ahora tenía que producirse el desenlace. O tal vez *los* desenlaces, pensaba Salvador Munizaga, porque esas fotos podían servir no sólo para que las viera Delia, iniciara los trámites de divorcio echando a Marcelino para siempre de su vida y se arrojara en sus brazos, sino también para que el tal Juancho, que Flora le había mencionado en varias ocasiones, fuera enterándose de quién era la puta que tenía por novia. A menos que Flora se mostrara dispuesta a realizar otros trabajitos para él. Después de todo, el hombre es un animal de costumbres.

AMOR A CONTROL REMOTO

Quizás antes de sumergirme en las sinuosidades de mi acelerada pasión, deba confesar que pertenezco a la cofradía de personas que ven debajo del agua, una persona «rara», para decir lo menos y no apartarme de la especie de título que desde niño me otorgaron mis padres y mis hermanos, los compañeros de escuela, el vendedor de helados, hasta la puta Lorenza que se paraba en la esquina de Lyon por las tardes. «Raro el muchacho». Yo también —a fuerza de remache— llegué a sentirme raro, aunque ahora, ya entrado en años, tenga la absoluta convicción de que los raros son los otros, y yo el normal.

La revelación se dejó caer una tarde mientras hacíamos las tareas en la mesa del comedor y la lluvia parecía demoler el tejado. Le dije a Fabián que no fuera idiota, que le devolviera el trompo a Genaro. Él no me había contado nada sobre el robo, de manera que abrió los ojos muy grandes y me preguntó: «¿cómo supiste?».

En otra ocasión, caminando rumbo a Providencia por avenida Suecia, le informé a un sujeto desorientado que la callecita que no podía encontrar estaba a dos cuadras hacia la derecha. Me miró como si no creyera lo que acababa de oír y se alejó asustado, porque en realidad se lo dije antes de que él me hiciera la pregunta. Y casos semejantes, podría contar por docenas.

Mi voluntad nada tiene que ver con esta condición. Se trata de una facultad impuesta y la verdad es que preferiría ser como cualquier cristiano, aunque debo admitir también que son estos poderes los que abrieron el camino hacia los laberintos de la intensa historia de amor que avasalló mi vida.

A lo largo de mis años, más tranquilos que agitados, nunca presté demasiada atención a los sueños, que cada cierto tiempo

se me repetían como películas obsesivas; ni tampoco a esas intuiciones que de pronto me permitían saber lo que mi hermano, mi amigo o mi profesora pudieran estar tramando. Ni siquiera me llegué a convertir en un fanático de la misteriosa teoría de la reencarnación. Pero mi espíritu fue incapaz de pasar por alto el hecho de haberme enamorado a control remoto, y transgrediendo no sólo las fronteras de la distancia, sino también las del tiempo.

La flecha asesina me perforó el corazón cuando en la semi-penumbra de un pequeño museo, en la ciudad de Aragón, mis ojos chocaron con la mirada entre plácida y risueña de doña Leonor de Santiago. Jamás había contemplado belleza más deslumbrante, intensidad mayor de sentimiento, concentración tal de antojos y locuras. Era como si toda ella ardiera de pasión por el pintor que a su frente sostenía paleta y pincel para ir estampándola en esa tela; como si la totalidad del amor se empozara en ese preciso punto del tiempo, en que la felicidad de los sentidos y del alma parece rebasarlo todo; como si la suma final de las fuerzas cósmicas hubiera determinado sintetizarse en esa belleza indivisible y única.

Aún a riesgo de que se me atribuya locura, debo admitir con humildad que durante las tres semanas que, por motivos de trabajo, pasé en Aragón, me dediqué a visitar el museo cada vez que encontraba hasta el más mínimo rato libre, sin otra pretensión que la de extasiar mis sentidos, aunque fuera por unos brevísimos minutos, ante los perturbadores encantos de doña Leonor.

Por las noches, amparado en la quietud provincial de la posada donde había tomado habitación, me desvelaba conversando con ella, contándole historias tristes o alegres, preguntándole una y otra vez cómo podía recaer en ella sola la propiedad absoluta y exclusiva de la gracia, asegurando que yo sería sin alternativa su único destino, jurándole amor más allá de la vida y el tiempo. Me agitaba sudoroso, abrazando las almohadas, revolcando entre las sábanas mi imbatible ansiedad.

Una de aquellas inquietantes tardes de museo, tuve la ocurrencia de preguntar si vendían reproducciones del cuadro que

tanto me venía perturbando. Compré las doce que restaban y por la noche logré dormir más tranquilo.

Prefiero no detenerme en los detalles de las investigaciones que emprendí para obtener noticias acerca del pintor, así como datos sobre la historia personal de Leonor de Santiago; viejas crónicas de Indias; documentos ya perdidos en el polvo de las bibliotecas. Sólo diré que alrededor de 1580, en vísperas de su boda con Eduardo de Villaverde, la joven de mis sueños fue condenada por la Santa Inquisición a morir en la hoguera, bajo la acusación de brujería que promovió la siniestra Laura Treviño —una verdadera encarnación del mal—, al parecer llena de ira por haber perdido el amor de don Eduardo, quien también habría de ser abrasado por las llamas mientras seguía jurándole a Leonor amarla hasta más allá de la muerte. Los desafortunados hechos tuvieron lugar en la ciudad de Zacatecas, México central.

Cuando regresé a Santiago, hice enmarcar las doce reproducciones para colocarlas estratégicamente en diversos puntos de la vieja casona familiar de Lyon. Empecé también a averiguar si algún pintor de cierta nota se mostraría dispuesto a convertir esa mínima imagen en un cuadro de tamaño natural.

Todos los días, todas las noches, a muchas distintas horas, pensaba en Leonor. La veía de pronto muy seria, entreabriendo la boca para decir que no me amaba debido a que su amor estaba fatalmente ligado a don Eduardo, y la veía también escuchándome asombrada contradecir sus palabras al asegurarle que cometía un error, por supuesto que sí me quería, al que en realidad amaba era a mí, y la veía cediendo poco a poco, primero un tanto dudosa, después más segura, cediendo, cediendo, entregándome tímida sus encantos, y la veía aceptando ya el beso que sellaba sus labios como un poderoso filtro de amor, y una vez hasta la vi ofreciéndome dócil su exquisita desnudez. Muchas tardes, al caminar de regreso a casa bajo la bóveda arbolada de mi calle, me sorprendía sonriendo por la dicha de saber que muy pronto vería su imagen.

No fue absoluta mi consternación la noche en que encendí el

televisor. Siempre intuí que algo semejante tendría que ocurrir alguna vez en mi vida.

La imagen que desde la pantalla atacó mis sentidos fue la de doña Leonor, semi sonriente, en el cuadro de mis devociones. Me sacudió un estremecimiento, aunque no tardé en comprender: se trataba de la segunda etapa de mi largo viaje en pos de su amor. La película trataba del «extraño retorno» de Diana Salazar desde el pasado y esa Diana era nada menos que la reencarnación de mi amada Leonor. Venía a nuestro mundo de hoy muy decidida a ajustar cuentas con los malvados que la inmolaron y a recuperar la felicidad y la pasión. Resultaba lógico que la actriz que interpretó el papel, Lucía Méndez, era también de indescriptible hermosura. Cuando terminó, sentí alivio y ansiedad al descubrir que se trataba de una novela televisiva y que, por lo tanto, podría seguir viéndola cada noche.

La pasión por aquella Leonor de Santiago, que siglos antes fue un ser de carne y hueso, se había centrado ahora en Diana Salazar, su reencarnación. Pobre Diana, tanta intriga a su alrededor, tantas venganzas, tanto mal concentrándose para destruirla, tenía que defenderse de esas acusaciones y quién sino sólo yo para salvarla, no, ella no era loca, yo sabía, podía jurarlo, no era loca; y sabía también que sus poderes mentales no fueron responsables de la muerte de su padre (que la dejaran en paz) y que esos poderes tampoco se prestaron jamás al auxilio del mal.

Sin embargo, debido al carácter ficcional de Diana, mi loco sentimiento tuvo que volver a transferirse, centrándose en un ser real y, además, presente esta vez en la historia, verdadero, contemporáneo, si bien no a simple alcance de la mano, al menos ahí, cerca, posible: Lucía Méndez, la insuperable Lucía, que acaso también estuviera, como Diana y como antes Leonor, intentando angustiosamente desentrañar la complicada madeja de su pasado.

Busqué fotos y estampas de Lucía en cuanta revista de cine encontré. Encargué pósteres con su imagen y su nombre, escribí cartas confesándole mi amor sin remedio, suplicando que

respondiera, que pensara en mí, que me enviara mensajes y asegurándole también que ella estaba de veras fundida con Diana y que, por lo tanto, tenía la identidad de doña Leonor, es decir, me pertenecía. La instaba a que comprendiera estos hechos y los aceptara como única verdad, jurándole que, desde ya, ella poseía un ángel guardián capaz de entregar toda su devoción para evitar que esa nefasta suerte de otros tiempos volviera a repetirse. «Recuerda siempre que eres mi amor», le decía, «que he venido a este mundo con la clara misión de interponerme entre tú y el cúmulo de siniestras garras que te acechan, para hacerlas retroceder y arrastrarse avergonzadas hasta los fuegos del infierno».

Mi felicidad creció, creció, se fue haciendo a cada instante más intensa, y comencé de pronto a vender algunas antigüedades para financiar un viaje a México en su busca. Si la había encontrado, ahora tenía que atraparla con mi desbordante amor, retenerla para siempre, igual que don Eduardo, más allá de la muerte.

Pero llegó la tercera etapa del viaje, cuando cierta noche encantada, en la fiesta de cumpleaños de mi hermano Fabián, la vi de lejos al otro lado del salón lleno de gente. *Once you have found her, never let her go* es la letra de lo que cantaban. La saqué a bailar y empezamos a deslizarnos lenta, sensual y rítmicamente por el piso del salón, yo mirándola asombrado, ella siempre sonriente, a pesar de sus quemaduras.

—Hola, Leonor —le dije.

Sonrió con poco entusiasmo, y dijo:

—No soy Leonor. Me confundes.

—Sí eres. Claro que eres. Jamás te confundiría. Eres Leonor. Eres Diana.

—Tampoco soy Diana. Y tú deberías saber muy bien cuál es mi nombre, no juegues.

—Sí: antes, Leonor de Santiago. Hoy, Diana Salazar. Eres Lucía, ¿verdad?

—No. Me llamo Marcela.

¿Marcela?, me dije, ¿qué tenía que ver Marcela? ¿Se trataba quizás de una impostora? Observé detenidamente sus cicatrices.

—Tu rostro... El fuego... Los malditos...

—Marcela Montoya —insistió Leonor.

Leonor, Diana, Lucía y Marcela. Cuatro nombres de una misma mujer, pensé, y supe con certeza que nunca la dejaría ir, que seríamos desde antes del diluvio hasta después de juicio final el uno para el otro, derrotando al tiempo, sobrepasando la historia, porque yo también era un retorno, también había vuelto desde más allá y estaba cobrando mis deudas.

GERSHWIN BAJO LA LUNA

Quién no sabe, pinche Seco, que la música tiene la magia de transportar a las personas a otras épocas, igual que los aromas, incluso a vidas anteriores, según juran algunos fanáticos que creen en la transmigración del alma, chifletas, pienso yo, y te lo digo porque mi memoria se comunica contigo por control remoto, mientras este concierto al aire libre que parece surgir desde un cuento de hadas, me regala el pasaje para un vuelo largo, tanto por la distancia como por el tiempo. Estarás en Marseilla, disfrutando una *boullavaise* en algún bistró del *Vieux Port*, aplanando las calles que suben y bajan, pintando trombones o marimbas. Yo sigo donde mismo y ahora también escribo un poco, siempre como en provincia.

Bajo el cielo nocturno aclarado por los favores que le brinda una luna grande y naranja, cientos de personas ocupan las butacas dispuestas en filas circulares que intentan encerrar la plataforma donde se ha instalado la orquesta y un director de movimientos plásticos agita su melena gris y va guiando la organización musical de Gershwin, que vuelve a irradiar la locura mariguanera que nos desbordó aquella misma tarde antes de que llegara a mi casa el Rayo manejando su jeep Safari desde el DF y después de mucho Gershwin —la Rapsodia, el Concierto, *Bess, you is my woman now*— cuando se dejó caer la noche, salimos a explorar las cantinas de Cuernavaca, nuestra querida ciudad de la eterna chingadera, no todas, eran sólo siete las que nos interesaban, las que seguían vivas y alertas veinticinco años después de que las frecuentara el Cónsul Geoffrey Firmin tan sólo porque desde las páginas de una novela lo enviaba su amo y señor Malcolm Lowry, quien las usaba a diario para consumir mezcal y obligar también a su personaje a beber al mismo ritmo

que él había logrado con el tiempo, desde que alguna luz mágica le reveló que no existe mejor desayuno que un gin doble con jugo de naranja, sustancioso y reponedor de la noche, en lugar de media papaya y una paila de huevos con tocino, ni tampoco mejor cena que una gran cantidad de mezcal. No vayas a creer, amigo Seco, que me encuentro en esa alegre multitud que escucha a Gershwin bajo el cielo de Aldernach, la ciudad donde nació tu ídolo Bukowski. Sigo en la eterna primavera y estoy cómodamente sentado en un sillón «colonial» que instalé en lo que llamo «el estudio» de mi casa, por así decirlo, más que casa una cabaña elemental, aunque con ventanas y puertas hacia lo verde, nuestra exuberancia vegetal, aromática y colorida y estoy mirando la pantalla que retransmite el electrizante concierto, con un vaso de vodka en la mano también electrizante, y la memoria colmada de imágenes electrizantes, tiempos buenos y tiempos malos, pero al menos tenemos la ventaja de que los malos se olvidan con mayor facilidad mientras los buenos van instalándose en tu vida diaria, que llega por eso mismo a ser más falsa que las promesas de una novia, la mentira necesaria que nos hace creer.

No recuerdo los nombres de las cantinas — con excepción de El Farolito — y tampoco quiero leer una vez más *Bajo el volcán*, pero sí recuerdo que la primera, en realidad la única que alcanzamos a visitar esa noche — invadir sería un término más apropiado —, estaba sobre la calle larga que sube desde los bajos de la ciudad hasta la glorieta de Tlaltenango y luego sigue hasta fundirse con la autopista. No caía la noche todavía, pero por suerte el local era de esos bien oscuros que sirven de refugio contra la luz asesina del atardecer, esa semipenumbra ambigua capaz de hacer que la melancolía te dé puñaladas en el centro del corazón. Un tequila Herradura blanco, pidió el Rayo mientras el Seco (vas a ser él ahora y no *tú*, pinche Seco) cambiaba en la caja un billete por monedas y antes de ordenar su trago se dirigía a la Mierdola, como bautizó el Nacho a esas coloridas Wurlitzer en los tiempos en que Guadalupe bajó a La Montaña, para que por diez pesos el aparato le ofreciera las caricias masoquistas

de cierta música, y ya de vuelta a la barra donde nos habíamos instalado, entonaba a la par que Álvaro Carrillo la melodía de un bolero, casi llorando. Eso le pasaba al pinche Seco por tener apenas veinte años y andar enamorándose a lo romántico, es decir, a lo pendejo. Pidió, como el Rayo, un Herradura blanco. Y yo también. Tres tequilas para los tres alegres y bravos mosqueteros de una jornada que se perfilaba larga.

En señal que te vas, vas dejando tu orgullo detrás, cantaba el maricón de la Wurlitzer mientras que al otro maricón del Seco le daba por echar su lagrimón sentimentaloido, todo porque Nina lo había dejado —¿a quién no le pasa?— para regresar a sus parajes chicanos en California y dedicarse finalmente a recorrer ida y vuelta, una y otra vez, todos los recovecos de Mission Street a la búsqueda del amor perdido que dos años antes la regresó con desconsuelo a México tras el olvido, que resulta tan largo para lo corto que es el amor, en un difícil peregrinaje de aventones que comenzó en Tijuana y —pasando por tierras calientes, desiertos, el bajío, los verdores de Michoacán, la sinuosa ruta de las mil cumbres— desembocó en un lugarcito plácido, aroma de flores, donde los grillos se encienden al atardecer pidiendo lluvia, el veneno de los alacranes no es mortal, los colores vegetales enceguecen, un lugarcito adecuado para echar el ancla, estudiar bien su geografía y escoger cuidadosamente a quien chingar. El Seco resultó un blanco perfecto. Eres más linda que un crisantemo, le dijo él apenas se conocieron en el Jardín Borda, mientras José Agustín presentaba al público la nueva novela de un estupendo escritor argentino que pretendía agarrar el cielo con las manos, de noche, bajo una Luna caliente. Nina podía ser muy morena, tener una sonrisa enternecedora, un cuerpo gracioso y deslumbrante embutido en esa minifalda granate y una blusa verde limón, y podía moverse con la elegancia de una gacela, pero no era linda. Y lo sabía. Tenía los dientes demasiado grandes. Por eso, al recibir como un pelotazo el requiebro, le disparó al Seco una mirada incrédula y piadosa como si fuera un bebé que acaba de cometer una fechoría. No seas igual que todos,

nene, le dijo, y acariciándole la barbilla le repitió la frase. El Seco la miró con espanto, primero porque estaba seguro de que la muchacha sí era linda, linda con creces y, segundo, porque si acaso existía en esta tierra alguien que no podía ser relegado a la clasificación de «igual que todos», ese era él, él, como que se había separado del seno familiar a los dieciocho debido a que el padre quería obligarlo a hacer gimnasia y practicar un deporte y la madre pretendía que asistiera a misa los domingos; él, que había decidido no ingresar a la universidad, para vergüenza hasta de sus abuelos —tanto paternos como maternos—, debido a que le parecía que las carreras profesionales eran pura mierda, pilares para mantener el sistema, y se limpiaba el culo con ellas, así se los dijo a todos, no pensaba pasarse una vida entera construyendo casas para los ricachones que pudieran pagarlas, o defendiendo causas podridas y corruptas que se acumulan en la conciencia del mismo modo que se grabó poco a poco el pecado en el rostro del retrato que le hicieron a Dorian Gray, sí, se limpiaba el culo con las profesiones liberales que llaman, él no era en absoluto igual que todos, y sentía además que la única demanda verdadera a sus entrañas —un grito potente— se la habían voceado la paleta, los colores y el pincel, eso sí que sí, sería un pintor, quizás un gran pintor, ojalá, quizás sólo un pintor de cierto éxito y grandeza limitada, o apenas un pintor y nada más que eso, pero pintor sería, seguro, porque por algo ya estaba metiéndose mucho en las profundidades del asunto, sin profesores ni academia, capaz de intuir que si bien lo que más lo motivaba en esta vida era la música, la naturaleza no lo había favorecido con el don del oído, le faltaban dotes; sin embargo la música se convertiría en el gran tema de su pintura, en el corazón y el alma de sus cuadros, él lograría pintar la *Rapsodia* de Gershwin que los había estremecido aquella misma tarde, y la *Sinfonía n.º 9* de Schubert, la pintaría, y pintaría *Las cuatro estaciones* de Vivaldi y los tangos de Piazzola, y también pintaría a los hombres y mujeres que construyen la música nota a nota, ladrillo a ladrillo, las violinistas, los saxos, los oboes, el piano,

todos los instrumentos de la orquesta, el director, las partituras también, y lo haría porque nadie nunca lo había hecho, y si es que alguien en verdad lo hubiera intentado, él juraba que lo haría con más pasión. ¿Igual que todos? ¿El Seco igual que todos? Nina preciosa, qué te pasa, cómo dices eso, yo no soy igual que todos, no te equivoques, oye, pero sí me gustaría conocerte mejor, por qué no vamos a echar una copa y platicamos largo. Ella volvió a mirarlo como si fuera un niño malcriado, ¿cuál era el apuro, es que no podía esperar? Estaba ahí, dijo, porque sentía admiración por José Agustín, lo había conocido en San Francisco cuando él fue a lanzar su novela *Ciudades desiertas*, le gustaba escucharlo, era ingenioso, profundo, y además habían tenido su toquitoqui, dijo con picardía. Bueno, el Seco sin dar tregua, yo también vine porque soy amigo del argentino, un cuate a toda madre y buen novelista, pero vámonos, lo que pasa es que no siempre alcanza el tiempo para todo, lo importante es conocernos ahora, no mañana, ahora, esta tarde, vámonos, ¿cómo te llamas? Órale, vámonos, pues, Nina. Y habían partido caminando por Morelos a paso lento hasta llegar al Zócalo, y en las mesas exteriores de La Parroquia comenzó el primer capítulo de... ¿De qué? ¿Del romance, del intenso amor? Mejor decir de la desventura. Primero unas cubitas, unas enchiladas, y luego otra caminata larga hasta la zona del Casino de la Selva, donde Seco rentaba una habitación independiente con baño, al interior del patio de una casa muy a toda madre, un patio con bananos, gruesos y gigantescos bambúes, buganvillas de muchos colores, tres guacamayas. Hermoso lugar, dijo Nina varias veces boquiabierta, y decidió quedarse ahí por un tiempo.

—Salud —dijo el Rayo—. Salud Seco, salud Marcelo. Echémonos este trago rápido y pidamos de una vez el segundo para brindar por el Cónsul. Rían, cabrones, disfruten, tomen y rían, que no hay alegría legítima que no provenga del alcohol.

Y me quieres hablar, yo no sé para qué, si me vas a dejar, sigue gimiendo el boquerón de la Mierdola y al Rayo se le dibuja una sonrisa diabólica bajo el bigote zapatista cuyas puntas a

ratos retuerce entre los dedos índice y pulgar de ambas manos y mirando lejos, quién sabe hacia qué región de sus nostalgias, gran tipo el Rayo, ¿eh, Seco? Una vez él y yo viajamos juntos a Tampico para cumplir una misión medio burocrática, y el primer día, después de probar unos tragos bastante sofisticados en Las Glorias de Baco, regresamos al hotel a descansar un rato para luego zambullirnos en la alberca antes del cóctel con el alcalde. Compartíamos una suite en el piso bajo y cada uno se tendió en su cama y cada uno soñó de seguro con bonanzas étlicas y al despertar cada uno amasó la misma genial idea: llamar a *room service* y pedir unas cubitas con mucho hielo, o mejor — se les ocurrió al unísono — la botella entera de Baccardi blanco, tres o cuatro Cocas y algunos limones, como Dios manda, carajo, algo para botanear también, total quedaba mucha tarde, el cóctel iba a ser a las ocho en la Delegación. Y entonces, después de tres cubas, nos pusimos los bañadores y bajamos a la alberca ya medio borrachos, con mucha risa y más ganas de al agua patos, el «monito mayor», juego perverso: lo que hacía uno lo tenía que repetir el otro. Yo me tiré un clavado del segundo trampolín dándome una vuelta en el aire y cayendo de culo, y el Rayo la siguió sin timideces, a lo mero macho, sólo que cayó de espaldas y el lomo le quedó más rojo que una sandía y muy ardiente, se quejaba. Nadamos, por encima del agua, por debajo, buceamos y nos divertimos como dos ardillas correteando por el ramaje de los árboles, hasta que llegó la hora de vestirnos traje y corbata para la ceremonia municipal, que resultó muy aburrida, aunque don Guillermo, al despedirnos, después de muchos camarones, ceviche de caracol gigante, cócteles de pulpo, y bastante tequila del bueno, nos dijo oigan muchachos, cuando lleguen al hotel no se acuesten luego, tengan un poco de paciencia y espérense un rato, que les voy a mandar dos muñequitas para que les alegren la noche y, ojo, no vayan a pagarles nada, eso quedará arreglado. Dicho y hecho, Secote, a las once golpearon a la puerta de nuestra habitación Paula y Cristina, dos morenas sonrientes, frescas, carnosas, dispuestas a buscar los caminos de nuestra fe-

licidad. Conversamos unos minutos sobre puras tonterías, que el tiempo, que todo tan caro, que el pinche gobierno, contamos algunos chistes que no sacaron mucha risa, bebimos una copa de brandy y venga el apagón, fuera las luces. Cada uno se acostó con su muchacha, pero yo estaba demasiado maltrecho por el alcohol, los camarones, la tarde acuática y mientras le daba a mi preciosa Paula unos húmedos besitos en los pechos desnudos, me quedé vergonzosamente dormido, cabrón Seco. Al despertar por la mañana me encontré sin compañía, justo cuando mis energías y las ganas retomaban su lugar de siempre, o casi siempre. El Rayo roncaba en su cama con las dos muchachas, una a cada lado, durmiendo plácidamente. Por lo visto se había hecho cargo de ambas, eso es lo que se llama un amigo. Y yo —como jugador de primera— me salvé por azar de algo muy feo, aunque en verdad nunca se podrá saber si la sirena que pringó al Rayo fue la que le tocaba a él o la mía. Una de tantas que pasamos juntos. Se las traía el pinche Rayo, ¿verdad? En una ocasión, durante el intermedio del *Don Juan Tenorio* que todos los años montan para el Día de Muertos, se acercó a una mujer joven de rostro afable, escote abierto y culo respingón que se paseaba por el *foyer* y le preguntó a quemarropa si acaso era casada. Ella lo miró interrogante, sonriendo, y respondió que sí. «Pos dígale a su marido que tenemos el mismo gusto, aunque no la misma suerte». Ni tampoco el mismo sentido del humor, dijo ella con arrogancia, pero terminó dándole su teléfono y en poco tiempo la cosa pasó a mayores, fines de semana frenéticos hartándose de almejas vivas en Zihuatanejo o encerrados de viernes a domingo en La Posada de las Monjas, en San Miguel de Allende, mucha euforia y calentura, aunque a la larga —y ni tan larga— el Rayo salió para atrás, se enamoró de veras cuando la mujer le dio por culo, y tuvo que sacarse los balazos a costa de mucho tequila. Ella era un demonio, siempre tramando planes siniestros, si hasta intentó convencerlo —y por poco lo logra— de que se presentara a diputado en las elecciones parlamentarias. Pero todo ha cambiado, pinche Seco, los años pasan y nada es lo mismo,

«ya no son los tiempos de antes», como dicen esos viejos pendejos que nunca logran entender que si acaso todo tiempo pasado fue mejor, es sólo debido a que los seres humanos hemos sido dotados con el milagroso privilegio de olvidar. «A nuestro parecer» dijo el poeta, de seguro con cierta sospecha, qué te pasa, «parecer» o sea creencia y en ningún caso certeza, todos sabemos muy bien que no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*, pero nos falta asimilar que el pasado es una casa de madera al lado de un arroyo, o una ciudad que duerme bajo la lluvia, o un perrito salchicha que nos lame la mano con ternura, y que el futuro puede ser mañana o quizás más tarde, como escribió un tal Orellana que no quiso ser poeta.

Tú tenías el amor, y lo fuiste a entregar por ahí —sigue el cantor desde la Mierdola y el Seco recuerda y recuerda con un dolor que tal vez no es capaz de disimular, y yo también recuerdo, y recuerdo, y recuerdo, pero sin llorar, sin compadecer mi pinche suerte, ni darme de siliciazos en el lomo, ni ponerme una corona de espinas, más bien con la sonrisa algo cínica de alguien que, como Sinatra, al mirar hacia atrás a su manera, cuando se va a cerrar el telón porque el fin se acerca, lo encuentra todo tan divertido, qué canción, un verdadero himno de nuestra época, sí, recuerdo al zamparme el segundo tequila sobre la barra de uno de los bares de Lowry, recuerdo que hace tiempo me dio calabazas con saña una puta, una puta de verdad, no metafórica, que prefirió volver a tirarse de cabeza al lodazal antes que seguir marchando por los rieles de una vida tan desteñida y plana como la que yo le estaba ofreciendo, la lata misma, dijo, qué tedio, hacer las compras en el supermercado, azúcar, leche, unos tarros de salsa de tomate, mole poblano Doña María, arroz integral; pasear del brazo por las tardes saludando a los vecinos, lavar platos, todo eso, ¡qué horror! Sentarse a ver la telenovela del día, lo de siempre, no, dijo, eso no es para mí, prefiero ser puta, tener un chulo que me parta la madre si no le entrego los billetes que lo conforman, arriesgar que un tecolote me detenga por ejercer en plazas, parques y a la salida de los colegios, saber que los años

se vienen encima sin piedad, todo, todo menos esa vidita tonta, y me mandó de plano a la chingada, *dejándome el alma herida y espinas en el corazón*, como canta Gardel, pero tenía toda la razón, me digo pensando que mi vidita ha sido en realidad un asco desde que empecé a trabajar en el banco. *Y la muerte que un día para ti yo pedía, me la das a mí*, sigue la Wurlitzer.

—A ver, amigo, por qué no nos sirve otros tequilitas y nos pone alguna botana, por favor —ordena el Rayo—. Ya, pinche Seco —voltea la cara—, deja de llorar, se te fue la pinche Nena, Nina o como se llame, y qué tanto, tómalo como que te hizo un favor, que se vaya a buscar a su gringuito, que se la lleve la chingada, y ponte serio, que pareces un escuinle perdido, así llorando a lo cabrón...

Pero habla, habla, habla, hasta que quedes vacía de palabras, nos envía dulcemente la Mierdola, *mas si quieres que hablemos de amor... vamos a quedarnos callados*, pos sí, pinche Seco, a lo mero cabrón.

—Pos sí —dijo el Seco—, a lo mero cabrón, ya, ora sí se acabó. —Pasó la manga de su camisa por los ojos, se tragó el tercer tequila y empezó a reír como si le estuvieran haciendo cosquillas.

—Está loco este cabrón —festejó el Rayo.

—Salud —dije yo.

—Por el Cónsul —dijo el Seco conteniendo las lágrimas.

Se acabó el concierto. En lugar de las notas de Gershwin se escuchan los aplausos y los «bravo maestro» de un público agradecido. Se secan los recuerdos. Se esfuma el Seco, se esfuma el Rayo. La Luna sigue iluminando la noche como una película de amor filmada en Hollywood, allá lejos, lejos de mi cabaña.

CAMPO DE BATALLA

Escuchando desde el baño las noticias de la tarde, Teresa ensaya una sonrisa frente al espejo y piensa que en pocos minutos llegará a visitarla el pintor. La información acerca de un sórdido crimen pasional congela su sonrisa en un rictus. Viene el bloque de avisos comerciales y su alegría resurge desde la sombra. Tuvo suerte de encontrarse con el pintor a la salida del banco, aunque más que suerte fue su dosis de audacia para detenerlo y hablarle.

—¿Gaspar Reyes?... Usted no me conoce —dijo pestañeando y entreabriendo los labios—, pero yo no me pierdo exposición suya. ¿Me permite saludarlo? —le alargó la mano.

—Parece que nos hemos visto antes —titubeó él, tomándosela y reteniéndola en la suya—. ¿Me acompaña a un café?

—Estoy con el tiempo en contra.

—¿Mañana?

—Sólo pretendía saludarlo.

—¿El jueves?

—Bueno ya, el jueves.

—Aquí mismo, ¿a esta hora?

Intercambiaron números de celular y se despidieron con beso en la mejilla. El pintor caminó hacia el paseo Huérfanos y ella en sentido opuesto, hacia la calle de los taxis. Como todos los martes, tenía que visitar a su madre. Por lo menos, pensó, el ánimo no estaría tan opaco como otras veces. Algo nuevo que contarle a la vieja: había hecho cita con uno de los tipos más taquilleros de Santiago.

En las pequeñas mesas dispuestas en el patio, reclusas y visitantes se tomaban de las manos, se miraban a los ojos, hablaban con dulzura, lloraban.

—¿Has estado bien, mamá?

— Aburrida, ¿cómo quieres que esté?

— Te traje algunas revistas y el último libro de Isabel Allende.

Ojalá te ayude a pasar las horas.

— ¿Horas? Bonita manera de llamar al tiempo aquí.

— Bueno, como quieras, los días, los meses, los años.

— La vida, Teresa.

— ¿Piensas mucho en lo que pasó?

— En él ya no. Dejó de atacarme el llanto. Tal vez ahora sólo quedan rencores. Lo que me sigue jodiendo el alma es que hayas sido tú quien desató los huracanes. No logro creer en tu inocencia.

— No tuve la culpa, mamá, cuántas veces te lo tendré que repetir.

— Nunca voy a creerte.

— Él era un picaflor.

— Pero me amaba, y lo demostró.

— ¿Al seducir a tu hija?

— ¡Fuiste tú la que se lo tiró!

— ¡Otra vez! Fue él, convéncete. Ya era mío cuando lo mataste.

— Ándate, hija, y no vuelvas más a verme.

— No te ofusques, mamá. Lo que pasó, pasó.

Esto fue lo que hablaron la primera vez que Teresa visitó a su madre en la Cárcel de Mujeres, quince años antes. Una época en que muchas mujeres habitaban los centros carcelarios de la ciudad, aunque su madre no estaba presa por razones políticas, sino debido a que había asesinado a su amante de tres balazos, en la casa de Cachagua. Después intentó suicidarse nadando mar adentro desde la playa de los caracoles; sin embargo, su carta astral no le presagiaba bondades ese día: fue rescatada por una lancha pesquera que deshacía su camino hacia la caleta. Y el diálogo se venía repitiendo en el tiempo, como si cada martes fuera la primera visita.

Teresa ocupaba uno de esos tronos marmóreos que ofrece la plaza central de su banco, esperando al pintor y preguntándose

cómo irían a darse las cosas. Gaspar Reyes tenía fama de aficionado a las mujeres bonitas y ella se sabía bonita. Pero también sabía que ya la empezaban a desbordar los años y que él solía juntarse con algunas musas del *jet set* juvenil. Lanzó la vista a uno de los antiguos relojes que controlaban los horarios de la institución y en ese preciso momento sonaron las notas de su celular. Era él.

—¿Dónde te encuentras exactamente? —preguntó.

—En el *hall* del banco, ¿y tú?

—Escucha, mantén el celular pegado al oído y sigue mis instrucciones, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo ella mecánicamente.

—Sales por la puerta central —siguió el pintor—, y tomas el Paseo Ahumada hasta la calle Agustinas. No cuelgues y me avisas cuando llegues ahí.

Él se gastaba también cierta fama de alocado y a ella le seguían gustando las sorpresas. Salió del banco, caminó hasta la esquina convenida y, entre el griterío de un grupo de huelguistas que pedían la cabeza del alcalde, anunció por el celular que ya se encontraba ahí.

—Ahora sigue por la acera norte hacia Bandera y al llegar a la esquina me avisas.

Teresa caminó con calma, fijándose en las chucherías que exhibían los vendedores ambulantes en paños extendidos sobre la acera: cigarrillos americanos, anteojos oscuros, encendedores a gas, ediciones piratas de Paulo Coelho, estuches para celulares. Cuando llegó a la calle Bandera, asfixiante de gases tóxicos, infernal de claxon, atestada de horribles buses amarillos como monstruos prehistóricos, se lo comunicó al pintor con una queja, qué tipo loco.

—¿Dónde me llevas?

—Ya estás llegando. Dobla a la derecha, sin cruzar la calle. A unos veinte metros, verás la entrada a un pasaje. Te metes. Al fondo encontrarás una escalera: bajas.

Teresa siguió las instrucciones sin atarantarse, aunque con un

poco de inquietud, ¿sería un excéntrico el pintor? Cuando llegó al subterráneo, se detuvo frente a las puertas del Bar Inglés. Entró sin anunciarse y no pudo controlar una risotada: en una de las mesas estaba Gaspar, esperándola con dos copas servidas.

—¿Por qué sabías que me gusta el Martini seco? —preguntó al brindar.

—*Elementary*, Watson, ¿a quién no?

El brindis fue por esa primera cita y porque vinieran muchas más. Acto seguido, el pintor le preguntó cuáles eran las tres cosas que más le gustaba hacer. Ella le hizo un guiño inteligente y decidió cubrirse las espaldas.

—Primero, ir al box —dijo—; segundo, pescar en alta mar; y tercero... —sonrió con picardía tragándose las palabras.

Ahora ella lo espera en su departamento, y frente al espejo se alegra de lo bonito que le ha quedado el cabello. Vuelve a ensayar la sonrisa. Se pone seria, sonrío, se pone seria, vuelve a sonreír. Bien, bien, se dice, todavía está en condiciones de seducir a cualquier hombre, de continuar sin tropiezos la carrera que emprendió quince años antes, cuando entre ceja y ceja se le incrustó la idea de aniquilar como a un bicho al galán que estaba saliendo con su madre. A veces, Teresa sentía remordimientos, pobre mamá, ¿porque habrá querido clavarle un puñal en el punto más sensible del corazón? Cuando por las noches no lograba dormir, se preguntaba si acaso la causa no era el desgarrador rencoroso de que su madre jamás la hubiera atendido con el mismo esmero que a sus hermanas; o quizás fuera ese incontrolable sentido de competencia que desarrolló en la adolescencia; aunque lo más probable es que haya querido devolverle la mano por internarla en las monjas cuando aún no cumplía los ocho años. Pero el hecho es que desde el momento en que vio por primera vez a la nueva pareja que ella había elegido para lucir en restaurantes y teatros, en los balnearios exclusivos de la costa central y hasta por el extranjero, ella escuchó en el fondo de su alma —como era habitual cada cierto tiempo— una especie de llamado poderoso, y no tuvo más alternativa que afilar uñas

y flechas, establecer la estrategia, fijar las tácticas y avanzar al campo de batalla con la seguridad de una pantera, dándose el tiempo necesario para dejarla, a su pobre madre, en plena intemperie, desolada, vacía, desvalida como un pingüino en tierra cálida. El hombre, además, se merecía todas las formas de lucha: era precioso, alegre, de elegancia natural, como los que han nacido en buena cuna. La guerra no era fácil. Nelson parecía muy enamorado de su madre, qué cosas, con cincuenta y seis inviernos a su haber, la vieja se mostraba capaz de un nocaut a la primera vuelta, un tipo de esa categoría, y doce años menor, además. Pero toda guerra es cosa de tiempo, y al otro lado tendría que hallarse la paz, tras la victoria.

Teresa no podía vislumbrar entonces cuál sería el desenlace, ni tampoco saber que el camino iniciado se habría de transformar en una forma de vida, llevándola a una conquista y a otra. Igual que una profesional y apasionada coleccionista, desde esa primera batalla triunfal, los iría clavando uno a uno en la blanca pared del insectario, qué estúpidos, qué arrogantes: con dos parpadeos quedaban reducidos a cero, se convertían en greda para modelar a pleno antojo.

Los años pasan, se dice ahora, pensando en el pintor, pasan y pesan. Se alegra por un momento ante el recuerdo de que a pesar de que las cosas se van poniendo más difíciles, aún suele apuntar de cuando en cuando alguna fama. Treinta y ocho, y puede darse el lujo de saborear de repente a un bomboncito adolescente, la mejor medicina para retardar las arrugas y suavizar la piel.

Pensando que en cualquier instante suena la campanilla y se anuncia el pintor, se sopla un toque de perfume en el cuello y recuerda las flores, no vayan a llegar a destiempo, aunque al encargarlas insistió con énfasis en que las enviaran a las nueve en punto, por ningún motivo antes.

Espera la primera visita nada menos que de Gaspar Reyes, el pintor con fama de difícil, pero que igual que la pera madura, «caerá, caerá, caerá», canta mientras se da la última mirada. Pestañas muy negras, sombra azul delicado en los párpados. Ahora,

a disponer el ramo de claveles que compró en la mañana, blancos por aquí, rojos por allá, y a preparar el *whisky sour*.

Cuando sonó el timbre, Teresa tenía una coctelera sobre la mesita de centro, algunas botellas de otros licores, una bandeja ovalada con choricillos, una tabla de quesos varios y pan negro rebanado. Antes de abrir, se apresuró al baño para asegurarse de que con su imagen todo anduviese *comme il faut*.

El pintor vestía camisa de seda color esmeralda, pantalón de lino arrugado café con leche, y mocasines blanco invierno.

Después de besarla en las dos mejillas, tomaron asiento y hablaron del brutal calor que hacía y de cómo estaba cambiando el clima. Sin embargo, el pintor no se mostró proclive a los temas superfluos y atacó de inmediato con una ráfaga de preguntas directamente al grano.

—Cuéntame de nuevo cuáles son las tres cosas que más te gusta hacer —volvió a indagar en el primer ataque—. Pero esta vez ponte seria.

Teresa le dirigió su mirada a los ojos, luego produjo un leve pestañeo, se mordió el labio inferior y disparó su respuesta:

—Cantar... dibujar...—Y manteniendo los labios entreabiertos, agregó—: *make love*.

—¿En ese orden? —preguntó el pintor.

—Depende. A veces me gusta más dibujar que cantar.

—¿Y lo otro?

Ella sirvió *whisky sour*, lo miró fijo a los ojos, poniéndole con cierto simulado descuido una mano en la rodilla, y dijo:

—También depende, cariño, no es automático.

—¿Depende de qué?

—De quién sea el contendor. Tú, por ejemplo, eres un tipazo, regio, lindo aun para tus años, pero eso, ¿ves? Los años. Tal vez le daría el primer lugar al canto.

Un casi imperceptible mohín de disgusto en la expresión del pintor, le insinuó a Teresa que no marchaba por buen camino.

—¿Y en otra circunstancia?

—Bueno —dijo ella abriendo los brazos como para contener

el universo—, un lolo más o menos rico siempre es prioritario. En ese caso, ni cantar ni dibujo. —Miró al pintor otra vez derecho a los ojos, risueña, y advirtió ahora un rictus que delataba cierta crueldad agazapada, dispuesta a lanzar su veneno. Sintió un temblor en las rodillas y esperó nerviosa una respuesta a la pregunta que usó para contraatacar—: ¿Y a ti, qué te gusta?

—Me gustan las mujeres maduras, un poco pasadas —dijo el pintor con aire de triunfo en su sonrisa a medias—. Por eso estoy aquí.

Teresa no encontró réplica, sintió que el nudo que suele formarse en la garganta le bajaba hasta los ovarios y volvía a subir hasta las narices, robándole toda posibilidad de respuesta; pero en ese instante sonó el timbre y recordó con alegría el «campanita salva» de los años de colegio. Se dirigió a la puerta, abrió y no pudo reprimir una enfática exclamación ante el canastillo de rosas. Pidió al botones que lo colocara sobre la alfombra del living, le entregó una propina y lo acompañó a salir.

—¿Algún enamorado? —preguntó Gaspar Reyes.

Ella le clavó los ojos como banderillas y entreabrió los labios.

—Un joven de la Cancillería. Me manda flores por lo menos dos veces al mes. Enamorado, no creo, apenas si nos conocemos. Ardiente, sí. Ya ves, hasta una mujer «pasadona» puede mantener a alguien con el deseo a flor de piel.

—Nunca he pensado lo contrario. Ya te dije por qué vine. Salud. —Levantó su vaso—. Último brindis y cambiamos de rubro.

—¿De qué?

—De actividad.

—¡Ah! ¿Quieres jugar a las cartas?

—Yo diría que más bien al foqui-foqui.

—¡Idiota!

—Perdón, no quise ofenderte.

—¿Siempre te comportas así cuando vas de conquista?

—No, sólo a veces.

El pintor se acercó más a Teresa, le tomó los pechos y se inclinó para besarla. Sonó la cachetada contra la mejilla.

—Parece que te equivocaste de persona —dijo ella—. Quedas en tu casa. —Y se retiró a su habitación, preguntándose si se le habrían acabado ya las fuerzas para la guerra. Como el ataque de un rayo, la sacudieron las imágenes de los días en que recién empezaba su carrera y los movimientos eran certeros... Se echó sobre la cama sintiendo que le temblaba el cuerpo y muy pronto escuchó los pasos del pintor. No supo de inmediato a qué puerta se dirigían y quedó a la espera, hasta que sonó el portazo.

LA ENVIDIA, HERMANA

Le voy a decir, señora Natalia, que a esa desvergonzada de la Raca, el Manuel y yo la conocimos durante la última Pascua, que en mala hora fuimos a pasar en casa de mi cuñado Raúl. La tonta parecía tener apenas unos dieciocho años y era relle-nita, alegre, de las que no se despintan nunca la sonrisa, como si se la hubieran fijado con pegamento, pese a que también los ojos le sonreían y le bailaban, hay que reconocerlo, y eso resulta siempre mucho más peligroso, digo yo, porque de miradas así se puede preñar cualquier hombre si aún no ha aprendido a distinguir oro de plata. Que una sea más plana de pecho y tenga unos cuantos centímetros menos de estatura no es lo que realmente importa cuando detrás de las apariencias se esconde un corazón firmeza. Porque corazón es justo lo que a la Raca le falta. Pero confieso que lo que me sacó los choros del canasto esa noche fue que la muy descarada no se hubiera puesto sostén y entonces sus tetas, que tampoco son gran cosa, temblaran a vista de todos como esos flanes napolitanos que sirven de postre en los restaurantes chic, bien tiritonas, y con los pezones empujando la tela de la polera. Me ardía la sangre de rabia, porque estoy segura de que mis pechos —al desnudo— son más bonitos que los de ella, aunque no tengan esa misma fuerza. Yo reconozco a una mujer de la vida de mirarla no más, señora Natalia, créame; y eso se debe a que una hermana mía practica la profesión. No es aficionada, como la Raca, sino de las que cobran pasando y pasando, puta-puta. Se da vueltas por las noches en la esquina de Jofré con Vicuña Mackenna esperando ensartar a sus clientes y llevárselos a algunos de los hoteles parejeros que abundan por ahí, aunque la verdad es que ya estaba bien adelantadita desde antes de venirse a Santiago. Con decirle que a los catorce años

se enredó con el padre Aníbal, un cura que domingo por medio llegaba a Catamutún desde Valdivia para decir misa en la capilla que hicieron construir los patronos en el fundo. «Acompáñeme al pozo, padre, a traer agua», le dijo ella una tarde, y ya los dos en la aguada, ocultos en una como cabañita formada por los coligües, se le deslizó por debajo de la sotana. Y yo lo sé muy bien, ya que los seguí sin que se dieran cuenta, muerta de rabia. ¿Por qué ella podía y yo no? A mí nunca me puso la mirada encima el maldito cura, aunque fuera yo misma la que le juntaba las monedas cuando decía misa. También era yo la que pensaba en él todas las noches tocándome ahí hasta que me dieran escalofríos, la que día a día esperaba mordiéndose las uñas a que llegara el domingo para verlo, imaginando cosas, la que hasta se aprendía de memoria las oraciones con el propósito de gustarle. Pero tuvo que ser en el cuerpo de mi hermana que se metió el demonio para tentarlo, ya que si bien de ojos, nariz y boca soy la más linda, a mí nunca siquiera me miró el padrecito Aníbal.

Es verdad que la Elvira es un poco más alta, y más redondita también; pero yo soy la mejor, ¡entonces por qué mierda!, me pregunto.

Ella se vino a Santiago antes que yo, para emplearse de doméstica con una amiga de los patronos. Cuando llegué a la capital, como dos años después, y quise verla, ya no trabajaba en esa casa, fíjese usted, aunque allá en el fundo todos creíamos que sí. Perdida en esta tremenda ciudad, igual que una huasa, dar con su paradero me costó muchas vueltas, desvelos, bastantes preguntas por aquí, por allá, en los almacenes, la carnicería, el zapatero, para qué le cuento, tuve que tocar muchos timbres del barrio pidiendo informaciones, hasta que en esa esquina que le digo, la encontré una noche, más o menos a las diez, muy pintada, con una falda corta y tacones muy altos. Me miró primero como si estuviera frente a una aparición y no entendiera que esa persona que la miraba con ganas de abrazarla era yo misma, qué podía estar haciendo su hermanita en ese lugar, si esto era Santiago, no el Sur, pero luego cayó en la cuenta, me echó los brazos encima

y dijo que esa noche se la tomaba libre, que fuéramos a comer algo juntas para hablar de la familia. Mi alma se llenó de sonrisa y sentí cosquillas en todo el cuerpo de sólo imaginarme vestida con esa misma pinta de la Elvira, bajo el farol de una esquina, cadereando y balanceando el bolso para llamar a los hombres.

La Raca en cambio no anda «patinando» en las calles como mi hermana, ni ejerce tampoco en una casa de masajes, sino que trabaja de mesera en una cantina de Estación Central. ¡Pero de que es puta, es puta! Una noche que me quedé aguaitando desde la puerta de El Bodegón, pude ver cómo los tipos que tomaban vino y jugaban cacho en las mesas, le lanzaban sus agarrones mientras ella pasaba a servir algún pedido, y la muy puta los dejaba, como si nada, de lo más tranquila, sin despintarse la sonrisa, meneando ese culo que quién sabe con cuántos esfuerzos conseguía embutir en una falda que dejaba ver enteritas sus piernas cortas y gruesas, resaltadas por esas medias negras que las propias putas inventaron para incendiar el deseo de los hombres... La rabia me hizo temblar estas carnes que Dios me dio y sentí ganas de matarla, porque algo me decía que yo nunca iba a lograr ese desplante con que la muy descarada estaba descocando a mi Manuel. Y no es que esto me importara mucho, señora Natalia, si lo que me desesperaba era no juntar yo misma el poder para derretirlo en mantequilla, a él o a cualquier otro. ¿Por qué sería? Quizás cosas de Dios y del Diablo.

Cuando dieron las doce en la casa de mi cuñado Raúl —digo así aunque Manuel y yo sólo éramos pololos o, digamos, novios—, brindamos con un vaso de vino, cantamos «noche de paz, noche de amor» y luego se entregaron los regalitos que todos habíamos colocado alrededor del árbol. Para mí, el Manuel tenía un florero de vidrio azul parecido al que pone la señora Luz en el comedor, aunque más bonito. Me gustaba desde una tarde que lo quedamos mirando en una vitrina de la Alameda. Me sentí feliz, porque yo a él le había comprado un cinturón de cuero que también me costó harto caro.

Después de que cada uno abrió su regalo y nos dimos abra-

zos, empezó el bailoteo y hasta ahí no más me duró la felicidad, porque al parecer la Raca ya le tenía el ojo echado a mi Manuel y no quiso despegársele en toda la noche, baila que baila sin parar, y como yo no le pego mucho al baile, porque en el campo no se usa, tuve que morir pollo no más, y pasármelo sentada, conversando leseras con Raúl, con la Florinda, mi cuñada, y yendo de rato en rato al baño, para mirarme en el espejo y preguntarme casi llorando de impotencia por qué ella sí y yo no.

La Raca se le pegaba con su cuerpo y le decía cosas al oído, mientras que yo no sabía ni bailar.

Ahí empezó todo, señora Nata, esa Navidad, y cuando un tiempo después al Manuel le dio con verme poco, comprendí que algo andaba mal y me dije con firmeza «yo lo averiguo, ni tonta me voy a quedar de brazos cruzados». Una noche llegué al Bodegón, a puro mirar para hacerme una idea, sabiendo que el Manuel andaba trabajando, y con estos ojos que usted ve me cercioré de la clase de mujer que era esa tal Raca, para qué le digo. Los hombres parecía que se incendiaban y yo me moría de rabia al ver cómo las propinas se las metían por la blusa, en la ranura de los pechos, y ella risa y risa, y yo ardiendo, mordiéndome la lengua, amarrándome las manos y las piernas para no correr a matarla. A mí no se me alcanzaba a formar esa ranura. Se habrían caído al suelo las monedas.

La segunda vez que fui al Bodegón, Manuel estaba solo, sirviéndose una caña de vino tinto, y cada vez que pasaba la puta por su mesa, se detenía y le hacía algún cariño. Sentí que algo dentro de mí se daba volteretas igual que si lo remeciera un viento fuerte y le confieso que mi alma empezó a desmoronarse, como que hasta tuve que arrimarme a la pared y vomitar lo que había tragado un rato antes. No vaya a pensar que eran celos, era otra cosa, créame, lo de siempre, esa maldita pregunta, por qué ella sí y yo no, igual, lo mismo que con mi hermana Elvira: por qué Dios no quiso darme la fuerza de carácter para hacerlos arder como ellas... Ahí estaba el asunto, pensé para mis adentros con mucha amargura, y me devolví a la casa hecha una piltrafa,

porque de pronto se me iluminó la ampolleta y supe a las claras que ya no había vuelta. La Raca lo desarmaba con una sola sonrisa caliente, mientras que yo, en seis meses que llevábamos juntos, todavía no le veía el ojo a la papa, con esa lesera de que cuando una se va a casar es distinto, otra cosa, hay que abstenerse, y qué tanto, pienso, si a mí más de alguien ya me había hecho ver estrellas, aunque Manuel no lo supiera. Sin embargo, en el camino decidí jugarme el todo por el todo y cambié de rumbo, aunque después me echara la señora Luz de sus servicios. Me fui a la pieza que arrendaba Manuel decidida a tomar el toro por las astas y hacerlo reventar de placer esa noche. Lo esperé muy despierta, sentada en una silla al rincón, hasta que llegó y entró a la pieza sin hacer ruido. Cuando en total silencio y a oscuras se estaba quitando la ropa, esta debilidad de mi carácter me traicionó de nuevo y, en vez de empezar a desnudarme yo también, lo sorprendí al preguntarle con la voz firme y toda la sangre fría con la que fui capaz de dónde venía, recordándole que ya eran las tres de la mañana. Me respondió con una voz que lo hacía parecer más borracho de lo que en realidad estaba. A mí no es fácil pasarme gato por liebre, señora. Que por qué estaba ahí, preguntó sin mirarme. Su chiva fue que con unos amigos habían ido a jugar una partida de dominó, regadita con borgoña para refrescar la noche. «¿Para qué mientes —le dije—, crees que no sé en lo que andas?». Que no me pusiera huevona, respondió él, que lo dejara dormir. «¿Eso crees, ah, que no sé? ¡Yo te voy a decir dónde anduviste, maricón de mierda: en El Bodegón, ahí anduviste, y te voy a decir con quién!»... Me lanzó un manotazo que me dejó ardiendo la oreja, que se callara la conchasumadre, gritó, y lo dejara descansar. Me puse a llorar en silencio, pero no de pena, se lo juro, sino de rabia —lo mismo, siempre lo mismo—, y después de un rato largo, cuando sentí que él empezaba a quedarse dormido, me llegaron las visiones de la puta, con esa sonrisa de lado a lado, cimbrando sus tetas y meneando el culo, y entonces volví a la carga: «¿Así que dominó?» pregunté, con el odio latiéndome en las venas.

Y aquí estoy, señora Natalia, por favor acépteme en su casa, le juro que no la voy a defraudar; en menos que canta un gallo aprenderé los secretos del oficio, y entonces la Raca y mi hermanita van a parecer monjas de convento al lado mío.

MELODÍA GLOBALIZADA

Tres personas escuchando la misma canción en distintas latitudes, a otras horas, pero en el mismo instante. Tres personas separadas por la distancia y el tiempo. Tres personas profundamente unidas.

Así como Dios hizo a nuestro mundo en apenas siete días, debe haber creado muchos otros en el infinito universo, ya que por algo tiene el poder y la grandeza. Después de darles vida a nuestros antepasados Adán y Eva, los dueños del Paraíso y todo eso, empezó a controlarnos con cierto rigor. Si nos portamos mal, nos expulsa del Reino y nos condena a ganar el pan con el sudor de la frente y a parir con dolor, o nos asusta con un tsunami por aquí, el diluvio, volcanes que vomitan fuego y baba negra, inundaciones por allá, terremotos en varias regiones, la peste negra, el sida. Cuando se siente aburrido y necesita estimular su adrenalina, le basta un solo gesto para conseguir que un país se enoje con otro y se da entonces el gusto de ver una larga película por la que ruedan tanques, vuelan aviones, caen bombas sobre las ciudades y muere mucha gente. Si llegan a acosarlo ansias góticas, recurre a las creaciones literarias de los hombres —Frankenstein, el Hombre lobo, Drácula— y los usa de modelos para producir seres reales como Hitler, Pinochet, Bush. Si acaso su indignación alcanzara extremos, podría acabar en un segundo con nosotros lanzándonos un cometa como un chiquilín que detona con los dedos su bolita de vidrio. Que no quede señal, pensaría. Al parecer, la tierra está sirviendo por ahora de conejillo de Indias, pero sin duda lo que hay detrás, es que el buen Dios pretende globalizar el universo.

Notable la globalización, verdadero fenómeno. Hoy en día, por ejemplo, una canción pueden estarla escuchando en muchos

países distintas personas. *Yesterday* está siendo transmitida en este momento por un canal musical que llega todas las latitudes. Paul McCartney lamenta el hecho de que ayer fuera tan fácil jugar al amor, y en cambio ahora necesita un lugar dónde esconderse, y eso emociona a Pablo Núñez, que lo escucha en su patio de Cuernavaca cuando son las siete veinte de un atardecer estival, entre bananos, bambúes, buganvillas, la hora en que los grillos desatan su algarabía. Y también emociona a Pilar Valenzuela, que despaturrada en la poltrona de su estudio en Santiago, lo escucha en ese mismo instante, cuando son las ocho veinte de una noche de invierno.

A Pablo Núñez la melodía le hace evocar aquella ocasión en que preguntó a Pilar Valenzuela qué era lo que sentía por él. Iban en el auto de ella hacia la Facultad donde ambos trabajaban, él como geógrafo, ella como investigadora química. Se conocieron una semana antes en el Casino de Periodismo y habían hecho buenas migas. Ahora ella lo recogía todas las mañanas en la misma esquina de su ruta habitual y así llegaban juntos al lugar de trabajo. Cuando Pablo le disparó esa pregunta a quemarropa, la radio del auto esparcía nostalgias para el futuro a través de la voz de McCartney que lloraba *Yesterday* a toda lágrima. Pilar respondió sin vacilación:

—Me inquietas.

Pilar Valenzuela recuerda que fue capaz de responder con bastante frialdad la pregunta ansiosa que le había hecho Pablo. Supo de inmediato que le estaba clavando un flechazo a mansalva en pleno corazón. Pero así se juega. Decirle que estaba loca por él era entregarse, perder la primera batalla. *Why she had to go*, decía McCartney mientras ella estacionaba en la callecita que desemboca justo frente a la Facultad.

En aquellos tiempos no existía esto de la globalización. Esa canción la estaban escuchando juntos, a la misma hora y en el mismo lugar, un auto que se estacionaba mirando al campus. Antes de bajarse se citan a las doce en el café de Periodismo y se dan espontáneamente el primer beso lleno de volutas, serpenti-

nas, burbujas. Él siente un nudo en la garganta al cruzársele por la mente la imagen de Sara. Ella se preguntará cómo reaccionaría Genaro si se enterara, a pesar de que Genaro... bueno, de que Genaro.

La cicatriz de Pablo es más bien de orden físico: rastros de los golpes que le asestaron como por nada los soldados de la Patria en el Estadio Nacional, después de su asalto al poder. Tan sólo porque trabajaba en lo que decían era la «Facultad roja», en épocas de conflicto. La de Pilar es psicológica: huellas de la incertidumbre de muchos meses, antes de llegar a conocer el destino de Genaro, ejecutado a poco andar de la asonada militar en un regimiento de la capital. Sueños desbaratados.

También esa canción la escucha Susana a las cuatro de la tarde en su oficina de Santa Bárbara, California, donde se toma un recreo entre un paciente y el próximo. Recuerda que estaba de moda aquella primavera en que a su esposo le picó el virus del séptimo año y decidió dejarla en pos de un amor nuevo. La relación se había fatigado, eran bastante jóvenes y Pablito tenía apenas cuatro años. Necesitaban nuevos aires. Ahora lo veía de esta manera, los años aclaran la historia y le dan al juicio una perspectiva más amplia. Pero durante los momentos en que las cosas están pasando, ataca el dolor, se impone el insomnio, se sufre. Fue él quien tomó la iniciativa. Tras las amargas conversaciones iniciales, decidieron una separación temporal para ver qué pasaba, aunque el destino fue la ruptura. Al menos ella estaba a punto de titularse de sicóloga, y al menos era muy joven y muy bonita. *Oh, yesterday came suddenly...*

A Pablo no le gustó la respuesta. Dormía poco por las noches ahora, no podía borrarse a Pilar del recuerdo, los mejores momentos del día eran el breve recorrido matinal con ella hasta la Facultad, el café de las doce en Periodismo, y algunas tardes un pisco *sour* en Los Cisnes, en cuyos espacios estacionaba ella el automóvil. En cada ocasión él le entregaba un pequeño regalo, insignificancias, cositas simbólicas, un ágata celeste, un llavero, cualquier bagatela, una barra de chocolate. No me traigas re-

galos, le rogaba Pilar. Cuando no te traiga nada, replicaba él, será porque pueda hacerte cariños. Ella le tomaba la mano. «Me inquietas», algo es algo.

Pilar no podía responder de otra manera. El tipo era casado y tenía un hijo pequeño. Además, ella llevaba cuatro años con Genaro, una relación intensa y completa, aunque él fuera tan díscolo: casi como un matrimonio se entendían, celos, perdones, peleas violentas, comprensión. Sin embargo, Pablo le había dado vuelta las cosas desde la primera vez, y ella se estaba dejando ir por un camino pedregoso que podía desembocar, pensaba en sus desvelos por las noches, en situaciones incontrolables, y si algo le habían inculcado sus padres con afán es que nunca se debe perder el control. «Me inquietas». Esa vez sonrió ante la expresión que se dibujó en el rostro de Pablo al escuchar sus palabras. *Why she had to go, I don't know, she wouldn't say...* Al fin y al cabo fue ella la desertora después de todo lo que pasó. Y lo que pasó fue todo. Y lo que pasó fue tiempo, antes de que cada factor volviera a su lugar.

Tres personas escuchan *Yesterday* cantada por Paul McCartney en diferentes lugares del mundo y a distintas horas del día, pero en el mismísimo preciso instante.

Pablo Núñez, en su exuberante patio de Cuernavaca, calle Compositores, espera a un grupo de alumnos de su cátedra de Geografía Humana, que a esa hora, seis o siete de la tarde, suelen dejarse caer para disfrutar un par de tragos y algunas muestras de su mega colección de tangos. A veces piensa con dolor en su hijo lejano, en los nietos que sólo ha visto crecer por fotografías. Suena el timbre. Han de ser los muchachos. ¿Cómo eran las personas en aquel tiempo? ¿Se parecían a las de ahora? *Why she had to go...* En la vida se pierde, más que se gana, piensa.

Pilar Valenzuela le dispara una mirada al reloj de pared y se levanta de la poltrona que instaló en el estudio para los momentos en que se relajan cuerpo y alma. Van a ser las ocho treinta y él debe estar por llegar. Bueno, su marido anda de viaje. El que debe estar por llegar es Pascualín, su ayudante en el Laborato-

rio. Tiene que repasarse el maquillaje. *Love was such an easy game to play*, canta McCartney. El tiempo pasa, las ansias continúan. La vida se gana, más que se pierde, reflexiona.

Susana se levanta de la silla giratoria y se monta en la bicicleta estática que instaló tras el biombo chino. Le cansa permanecer sentada tantas horas y le hace bien pedalear un poco, estirar las piernas aunque sea unos cuantos minutos. Qué poder evocativo tiene la música. La canción le ha traído imágenes tristes y algunas alegres de ese pasado ya lejano que se viene encima. Alza la cabeza y su vista choca con el espejo que tiene frente a la bici. Un par de surcos en el rostro, toca la naciente papada bajo la barbi-lla partida, poca cosa. Por alguna razón piensa en globalización, tecnología, y que hoy en día el pasado dura menos que antes, porque los cambios galopan demasiado rápido. Una canción de hace cinco años a los muchachos ya les parece antigua. A ella *Yesterday* le sigue pareciendo muy moderna. Sus ojos permanecen translúcidos como siempre. Tiene que estar linda mañana, día en que Ximenita, la mayor de sus tres nietos cumple quince, toda una edad. Es la hora de la consulta. *Oh, yesterday came suddenly*, gime McCartney en el momento en que él aprieta el *off*. La vida es una ruleta, se dice, a veces se pierde, otras se gana.

PASANDO Y PASANDO

Jorge Salas secó los sudores de frente y cuello con un pañuelo de hilo blanco y lanzó un silbido al detenerse frente a la reja.

—De película —exclamó al oído de Paz Alicia.

Unos cincuenta metros hacia el interior de un terreno generoso de árboles y plantas, se erguía la mansión de don Ricardo Taylor anunciando con insolencia su porte y donosura. Un San Bernardo de ojos legañosos y mirada melancólica llegó hasta el portón meneando la cola.

—El señor se encuentra tomando sol —dijo el mayordomo mientras los hacía pasar—. Síganme por favor.

Salas se ajustó la corbata y abotonó su vestón de lino crema. Rodearon la casa por el flanco izquierdo, entre rosales y madre selvas, hasta el fondo del patio trasero. En traje de baño, recostado sobre una colchoneta a orillas de una piscina de diseño celular, con un puente arqueado en el centro, se hallaba don Ricardo, color bronce. Se levantó al verlos.

—Nada mal tu jefe —susurró Paz Alicia mientras se acercaban—. Buen cuerpo, estupendo color. Un poquito de barriga, pero los años que debe cargar también, ¿serán cincuenta?

—Amigo Jorge, señora, qué gusto tenerlos aquí. Asiento, por favor. Quítese el vestón, Jorgito. ¿Qué les ofrezco? ¿Ha probado el *kir royal*, señora? Un aperitivo que aprendí a preparar en París.

—En París... —repitió Paz Alicia, como entregada a la ensoñación—. Usted viaja mucho, ¿cierto, don Ricardo?

—En realidad sí, a veces por placer, a veces por trabajo. Tal como es la vida, ¿verdad, Jorgito? Las cosas casi siempre se hacen por trabajo o por placer.

—Usted lo ha dicho, jefe: por trabajo o por placer.

—¿Y su esposa no nos acompaña, don Ricardo? —preguntó Paz Alicia.

—Por favor, señora Salas, terminemos con esto de «don Ricardo». Dígame Ricardo a secas, y usted también Jorge, recuerde que somos amigos. Bueno, lo que ocurre, señora Salas...

—Paz Alicia —corrigió ella.

—...Lo que ocurre Paz Alicia es que mi esposa ya no es mi esposa.

—¿Que su esposa no es su esposa?

—Sigue siendo legalmente mi esposa, pero estamos separados desde hace algún tiempo. Ella anda de viaje.

—Qué pena... ¿Y es definitivo?

—Creo que sin remedio.

—Lo siento.

—Los hijos crecieron y entre ella y yo no quedó mucho. Soledad, rencores. La vida conyugal es difícil, Jorge, deteriora mucho el alma, ¿no le parece?

—Claro que sí, don Ricardo, pero por otra parte es tan necesaria. Por eso es que hay que ceder, ambos, hacer algunos sacrificios en pos de la armonía. Fíjese, con Paz Alicia vamos a cumplir cinco años y nos llevamos de lo más bien. Casi nunca peleamos, ¿cierto, Pachita?

Ella trazó una ligera inclinación de cabeza como aprobando lo dicho y miró a su anfitrión con un guiño de complicidad.

—Los felicito. Ojalá que los próximos cinco años sean iguales, y todos los que vengan. No hay nada como la armonía, ¿eh, Jorge?

—Nada, don Ricardo. Nada como la armonía. Es la meta de las metas: la armonía.

—Aquí viene el aperitivo, ¿desean mojarse un poco? En los camarines hay trajes de baño para todos los gustos y de cualquier talla.

—Me encantaría, ¿vamos, Jorge?

—Pero antes hagamos el primer brindis de la tarde. Salud, Jorgito, salud Paz Alicia.

—Armonía... Armonía... Usted tiene un cuerpo muy armonioso, Paz Alicia —dijo Ricardo Taylor cuando los tres se encontraron en el centro de la piscina, bajo el puente—. Y a usted, amigo Jorge, puedo asegurarle que tenemos el mismo gusto, aunque por desgracia no la misma suerte. —Se acercó a ella y la tomó de la cintura—. Un cuerpo de lola. Armonía, ¿eh, Jorgito? —Y la apretó.

—Nada como la armonía —repitió Salas.

—Gracias, don Ricardo —dijo Paz Alicia—, usted es un adulator.

—No es piropo, Pachita. —Subió las manos por el talle hasta rozar los pechos con sus pulgares. Luego la soltó. Jorge nadaba hacia el otro lado de la piscina—. Y quíteme el «don», se lo ruego.

—Bueno —dijo ella—. Ricardo a secas, usted sí que sabe por dónde abordar a una mujer. Algunos dicen que el camino más corto para seducir es la lisonja. Pero le voy a devolver el cumplido: usted se ve de lo más regio. —Echó a nadar hacia la parte honda, donde su marido flotaba cara al cielo, con expresión de felicidad.

Antes de pasar al comedor, se festejaron con otro *keir*, brindando por el gusto de estar ahí juntos, por los éxitos de la empresa en este nuevo año, y también por la armonía.

—Tengo buenos proyectos para usted, Jorge, ya hablaremos de eso. Asiento, por favor.

La mesa de vidrio grueso ocupaba su lugar entre una gran pared-espejo y las puertas corredizas que daban a la veranda y la piscina. Taylor quedó en la cabecera, Paz Alicia a su diestra, mirando al patio, y Jorge Salas a la izquierda, de cara a ese espejo que multiplicaba el ambiente.

Las ostras, luminosas y tersas, llamaban al beso enamorado y en la sensual faena de comerlas, los dos hombres no pudieron evitar que sus manos se dieran un baño de limón y jugos marinos. Paz Alicia alegó que el marisco le causaba alergia y no quiso probarlas.

Como si anduviera contra el tiempo, Ricardo Taylor apuró su ración y rápidamente bañó los dedos en el aguamanil. Enton-

ces sí que pudo posar su mano sobre la muñeca de Paz Alicia. Jorge clavó la vista en ese gesto y una sombrita pareció oscurecer su ya languidecente sonrisa.

—Jorgito es uno de mis mejores hombres, Paz Alicia...

—De los míos es el mejor —dijo ella, risueña.

—¡Pachita, por favor! —Jorge Salas se había puesto rojo.

—...Y quiero entregarle una responsabilidad de mayor envergadura.

—Gracias, don Ricardo —dijo Jorge, sintiendo arder la cara y con una expresión como de que algo no marchaba bien.

—En los siete años que va a cumplir con nosotros, su desempeño ha sido óptimo... Y usted sabe que a mi empresa le gusta premiar la eficiencia. Y la lealtad, Paz Alicia. —Hablaba paseando la mirada entre ella y él—. Un caso de virtud recompensada, ¿no han leído al Marqués de Sade?

—No, don Ricardo —dijo ella.

—El autor de *Justine* —respondió riendo y posándole ahora la mano sobre una rodilla—, un escritor del siglo dieciocho, un verdadero degenerado, un orgiasta sin límites.

—¿Un qué...?

—Un demonio. Eso: un demonio.

A través del espejo, Jorge siguió con su vista el movimiento de esa mano y se le aquietaron un poco los latidos al advertir en su mujer un gesto esquivo mientras don Ricardo repetía: virtud recompensada.

—Quiero nombrarlo gerente de ventas, Jorgito —se le acercó al oído mientras Paz Alicia untaba mantequilla en un pan—; a pesar de la cagada que dejó en agosto —agregó en voz baja, escudriñando los ojos aturdidos de su huésped. Su mano seguía sobre la rodilla de Paz Alicia—. Es un cargo que demanda gran entrega.

Jorge Salas sabía muy bien que se trataba del cargo estrella, la meta de cuantos habían llegado a ocupar lugares de jefatura, y sabía lo que significaba también en materia de pesos: por lo menos el doble de lo que estaba ganando; es decir, un automó-

vil, mejor barrio, algún viaje. Era como la meta final y desde esa cima, sujetando entre los dedos la varilla mágica que cambia el color de todas las cosas, el mundo tendría que parecer distinto.

—Gracias, don Ricardo, le agradezco su confianza y puedo asegurarle que si llega a honrarme con esa responsabilidad, sabré ponerme a la altura de las circunstancias.

—Así me gusta, amigo —le palmoteó el lomo, y con la otra mano se fue acercando al muslo de Paz Alicia—. Seguridad y decisión, dos cualidades esenciales para un ejecutivo. Salud. —Ella retiró la pierna con discreción y miró a su marido con orgullo.

Acompañando al salmón, iniciaron la segunda botella de Doña Isidora y salieron luego al porche para sentarse en las playeras y esperar adormilados y burbujeantes el postre, el café turco y un drambuí que habría de coronar la jornada.

—Así que gerente de ventas —dijo Paz Alicia, con un matiz de ironía, mientras Ricardo Taylor se ausentaba unos momentos.

—¿No te parece fabuloso, mi amor?

—Oye, tu jefe es medio larguirucho de manos, ¿te fijaste?

—No te preocupes, son minucias, cosas de jefe. Sabes que se sienten los dueños del mundo. Ya me tocará el turno.

—¡Estúpido! Me habla al oído, me soba las piernas, ¿no te preocupes? ¡Ah, ya, está bien, no me preocupo!

Eran las cuatro y el sol picaba fuerte cuando se les unió nuevamente Ricardo Taylor, ofreciendo un segundo drambuí.

—Ay, Ricardo, yo ya estoy medio-medio —exclamó Paz Alicia riendo entre hipos—, un trago más y me muero aquí mismo. Preferiría descansar un ratito.

—Su casa es una maravilla —dijo Jorge Salas—, ese bosque, las glorietas...

—Sí —asumió Ricardo Taylor abrazando a la pareja, uno a cada lado, sobajeando el hombro de ella, acercando cauteloso su mano al nacimiento del pecho—. Tiene buenos rincones, sombras, esquinas misteriosas, arroyos ocultos. ¿Les conté que al otro lado de esa loma hay unas viejas caballerizas del fundo que antes fue esto? Las mantengo, claro que sin caballos. También

hay una capilla sin sacerdote. Abel —llamó—. ¡Abel!

—¿Y por qué no tiene párroco? Me encantan los curas —dijo entre risas Paz Alicia—. Ay, qué vergüenza: parece que se me subieron los grados...

—Tal vez le convenga descansar un poco, Pachita.

Llegó el mozo con su impecable chaqueta de algodón blanco.

—Por favor, Abel, conduce a don Jorge a las caballerizas y después muéstrale la capilla. Yo llevaré a la señora a los aposentos.

Jorge Salas miró a su mujer con un dejo de tristeza. Ella le devolvió la mirada: «buena tu primera venta» le susurró al oído, dejándose guiar por Ricardo Taylor.

EL CONTRATO

En una ciudad donde la gente disconforme nunca consideraba suficientes sus diversiones, un consorcio contrató a un hombre que debía pararse de cabeza en la puerta de un campanario para luego dejarse caer y matarse.

No era una ciudad donde las cosas fueran demasiado fáciles, sino más bien una en la cual las tradiciones se habían roto y los ritos habían muerto. Una ciudad donde para cada nuevo proyecto —ya fuese en territorios de la diversión, las actividades comerciales o el mismo sexo— surgían miles de interesados en la participación directa. Si se ofrecía una casa en arriendo, las colas podían dar hasta tres vueltas a la manzana; si alguien anunciaba la venta de un televisor, dos bastones, tres pares de polainas, o un kilo de uvas verdes, podría recibir en pocas horas tal cantidad de ofertas que hubieran parecido mentira en cualquier otra ciudad del ancho mundo. Si alguna mujer de formas como cinceladas por los mejores pulsos de la antigua Grecia, ofrecía su cuerpo al primer varón que golpeará la puerta de su casa al despuntar el sol, tendría la oportunidad única de contemplar una guerra a muerte desde su propio balcón, porque hombres maduros, hombres jóvenes, hombres ancianos, niños atacados desde la cuna por la lujuria y hasta mujeres incapaces de evitar la competencia, se batían a duelo con palos, cuchillos y otras armas, regando de sangre los guijarros del callejón. Se batían para golpear primero esa puerta tras cuya madera esperaba la carne ardiente de una bella ninfa llena de curiosidad, o quizás hasta la de una anciana libidinosa que también anhelara comprobar la atracción que sus arrugas y los pliegues de su cuerpo pudieran despertar entre los habitantes de esta espléndida ciudad que había vencido todo convencionalismo y se ponía en la primera fila

de cuanta ciudad del mundo pretendiera calificarse de moderna.

Cierta vez una dama que ya sería abuela de muchos nietos, puso en los periódicos el siguiente aviso, acompañándolo de su fotografía: «Me tendrá toda entera quien logre llegar a mi puerta en el instante preciso en que las nubes, al disiparse, revelen la luna llena que esta noche deberá aparecer sobre la cúpula de la iglesia». La batalla campal que se desató frente a esa puerta fue sin cuartel, hasta las últimas, igual que si el aviso lo hubiese puesto una dulce virgen de trece años.

Una ciudad espléndida que daba para todo, donde cada habitante tenía las mismas posibilidades, ni más ni menos.

Mientras hombres, niños y mujeres se mataban aquella noche, cierta jovencita muy pequeña de estatura, con una leve joroba coronándole el lomo, de cabello corto y algo ralo, labios gruesos y rugosos que recordaban la textura de una oruga, se agazapó junto a la puerta sin que a nadie llamara la atención su presencia, pese a que daba la impresión de estar recogiendo piedras. Sin mayores señales de nerviosismo, esperó y esperó, y apenas la luna llena se dejó ver en todo su esplendor rojizo tras los últimos jirones del nuberío, golpeó serenamente a la puerta de la vieja dama. La batalla entre esos centenares de personas de todos los sexos y todas las edades cesó en el mismo instante en que esa puerta se abrió de par en par y dos criados de riguroso negro hicieron pasar a la pequeña. Aunque estos criados desaparecieron aquella misma noche para sólo aparecer nuevamente ante el mundo en calidad de cadáveres, flotando sobre el agua quieta del remanso que el Río de los Ahogados forma cerca de la Isla Lotus, se filtró el rumor de que la única vencedora del torneo, campeona del ingenio, fue bañada por ellos en una pequeña alberca abundante en espumas perfumadas con sales aromáticas que deleitan a los mortales de toda condición. La sumergían y la sacaban sin tregua — se comenta —, la frotaban por fuera y por dentro, y se la pasaban el uno al otro como si fuera una pelota. Después de secarla minuciosamente y aplicarle unos maquillajes, la envolvieron en multicolores mantos de gasa y la

condujeron al Gran Salón, donde la pequeña penetró cadenciosa a medida que se iban abriendo los cortinajes, para quedar deslumbrada ante las alfombras que debería pisar atravesando esa sala iluminada por luces indirectas hasta llegar al fondo, donde esperaba la recompensa. Se hallaba tendida, toda desnuda, su cuerpo destacado por dos reflectores que encendían y apagaban su luz púrpura.

—Ven —llamó la vieja—, ven a mí, enana preciosa, acércate sin prisa para que mis ojos puedan contemplar la hermosura de tus fealdades.

Los labios de la jorobada dibujaron una mueca y sus pies empezaron a deslizarse voluptuosamente por la suavidad del tapiz. Avanzó hasta que ya a sus ojos se fueron haciendo más nítidas las formas sueltas y medio transparentes de la anciana, como una de las «majas» de Goya, sus tetas desbordándose sin fuerzas ni resortes por la orilla del *recamier*, las piernas blancas y venosas desparramando su carne suelta, los ojos recibiendo de la enana las señas del deseo, y sus labios retorciéndose como una almeja ofendida por la gota de limón. Llegó por fin la pequeña frente al diván y sin que se produjera entre ambas ni el menor intercambio de palabras, besó a la vieja en la boca con una pasión que hubiera podido conducir a la asfixia, mientras dos dedos huesudos, largos, verrugosos, escudriñaban sus huecos por debajo de la gasa, y mientras la áspera palma de la otra mano parecía querer gemir de goce acariciando la joroba, esa loma tan suave en los flancos, tan afilada en la cima.

Muchas cosas habría que decir de esta ciudad maldita donde la lucha por la vida y por el placer se tornaba cada día más dura. Sin embargo, no es justo hablar sólo de la ciudad. Es preciso referirse también al hombre privilegiado que logró el contrato y, de paso, al Consorcio que gobernaba, cuyas motivaciones fueron siempre mucho más claras. Estaba compuesto por cuatro altos ejecutivos que habían salvado lo mejor de la ciudad: sus parques, la cordillera nevada, sus calles y el insignificante río que la cruzaba, lo habían salvado heroicamente de cierta plaga

que como un fantasma recorría el mundo, amenazando con destruirlo; una plaga peor que la lepra o el cáncer, que un ejército de marabuntas, hasta peor que la catástrofe que podría producir la desintegración loca del átomo en un momento impaciente de las potencias que se disputaban el globo terráqueo. De esos cuatro gerentes, tres representaban a tres de los cuatro elementos básicos de la naturaleza: el agua, el aire, la tierra. Sin embargo, el cuarto no era la representación del fuego. Más bien podría decirse que no era la representación de nada, se trataba de un simple adorno, un elemento superfluo, un lujo si se quiere. Había quedado ciego de un ojo, es decir tuerto, la tarde en que lo mandaron a inspeccionar uno de esos asilos para huérfanos de guerra que abundaban en la ciudad, por si se ocultaban entre los residentes algunos criminales dispuestos a alterar el orden público. Cuando llegó al edificio que los recluía, no pudo dirigirse a nadie. Entre el vestíbulo y los pasillos de las salas de encierro sólo se encontró con personas que no hablaban, nada más gemían, hombres y mujeres, ocho en total, luciendo delantales blancos, que deambulaban con los brazos estirados y tenían vacías las cuencas de los ojos. Avanzó un tanto ansioso por el pasillo y se detuvo frente a una sala desde donde lograban filtrarse a través de la puerta ciertos rumores masivos. Pegó la oreja a la madera y escuchó un compacto coro que voceaba el número ocho una y otra vez. Ocho, ocho, ocho... Muy raro, se dijo, esto parece más un manicomio que un orfanato. Y esa curiosidad que castigó mucho antes a Pandora, lo hizo agacharse y alinear ojo con agujero de la cerradura para tener una visión de lo que ocurría ahí dentro. No alcanzaba aún su retina a registrar el cuadro cuando un agudo dolor en el globo lo hizo lanzar angustiados gritos, mientras desde el otro lado del muro un clamor optimista coreaba acezante «nueve, nueve, nueve»... Desde entonces, a este cuarto ejecutivo sólo le encomendaban labores de mandado en las actividades del Consorcio. Por eso, cuando se puso el aviso para el contrato de aquel hombre, fue él quien debió acudir a las oficinas del periódico, pagar la inserción y recoger el recibo.

El hombre que una mañana firmó un contrato según el cual debería matarse arrojándose desde la puerta de un campanario era joven, brillante, hasta guapo. En época de las cacerolas había destacado como potente tambor, según aseguraba su *curriculum vitae*, debido a lo cual llevaba todas las de vencer. Porque resulta obvio que para este llamado, cuyo destino era divertir a los habitantes de la ciudad, también acudieron millares de patriotas ansiosos de lograr los favores de posteridad que ofrecía el contrato. Hacían cola y gritaban como desesperados. Cola, con sus cuatro letras, c-o-l-a, igual que en esos viejos tiempos que el Consorcio había derrotado a sangre y fuego para bien de los humanos. Colas silenciosas, ahora.

El proceso de selección fue largo e involucró diversas pruebas a las que los candidatos debieron presentarse sin reclamos. Al principio la eliminatoria no demandaba gran trabajo. Pero después se fue haciendo difícil. Los cuatro ejecutivos del Consorcio se reunieron para deliberar, escucharon a sus consejeros y pasaron largas horas proponiendo, discutiendo, desechando, antes de llegar a lo que consideraron una solución perfecta.

—El barco se hunde; debemos idear un modo de seleccionar al hombre con más prisa —dijo Símbolo de la Tierra—. Se me está ocurriendo una idea.

Los otros lo miraron incrédulos.

—Yo pienso que el mejor sistema es ponerlos en fila, disparar diecinueve balas empezando por cualquiera que no sea de los extremos, y elegir al que quede vivo —acotó Símbolo del Aire.

Entre hipos y uno que otro eructo vinagroso que parecían disgustar a sus vecinos, Símbolo del Agua discrepó, alegando que debía usarse ante todo el criterio racional. Revisó una por una las fichas de postulación y propuso finalmente que no fuera seleccionado ningún candidato de los que se consideraban víctimas de la desesperanza. Por criterio unánime quedaron descartados más de veinte postulantes. Uno perdió porque no quedaban en la ciudad demasiados hombres capaces de defender furiosamente el sistema en caso de un ataque nuclear. Es decir,

su vida era necesaria. A otro le quitaron la oportunidad tan sólo porque a los cuatro Ejecutivos del Consorcio les enfermaba la risa, les irritaba la sangre el hecho de imaginarse a un joven volador que caía hacia el pavimento con tan nefasta sonrisa clavada en los labios y en los ojos. Las dos mujeres finalistas perdieron su oportunidad de convertirse en inmortales. Si merecían castigo por el sólo hecho de ser mujeres, ¿por qué, entonces, premiarlas? Muchos candidatos fueron eliminados por flojos, mediocres, pedantes, débiles. A uno hasta lo dejaron fuera por su sana tendencia al vómito. Hasta que de pronto se produjo el consenso, cuando entrevistaron al hombre que habría de ganar el concurso.

—Eres el Privilegiado —dijo el representante del Aire—. Te felicito, porque te has ganado la capacidad de volar.

El elegido guardó silencio.

—¡Contesta! —rugió el de la Tierra, con la mirada oculta por los lentes oscuros.

—Porque me he ganado la capacidad de volar.

—¡Repíte! —gritó el del Agua, echando espuma por las comisuras.

—Porque me he ganado la libertad de volar.

—¡La *capacidad* de volar, imbécil! —intervino el Tuerto.

—Ah, sí, porque me he ganado la capacidad de volar, la capacidad de bailar, la...

El elegido se había levantado del banquillo y danzaba al son de la melodía con que acompañaba sus palabras.

—De volar, no de bailar —le corrigieron.

—¡De volar, de volar, de volar, no de bailar! —Bailaba por todo el salón como un frenético.

Los del Consorcio reían y reían sin parar.

—Es un genio, es un genio —decía uno primero y otro después, entre sonoras carcajadas. Se levantaron de sus asientos, se pusieron en fila y, encabezados por Símbolo de la Tierra, comenzaron a marchar con paso de ganso, al ritmo de la frase «un genio, ta-ta, un genio, ta-ta, un genio»...

En la calle, alrededor de las oficinas del Consorcio, se aglomeraban miles de ciudadanos que clamaban por el sacrificio, exigían fecha, hora y campanario para el gran acontecimiento. «Dígannos, díganos ahora», gritaban entre el entusiasmo y la angustia.

Entonces el hombre elegido pensó en la ciudad, en su familia, en su pasado, pensó en los días y pensó en las noches, en los coitos y las gulas, y también pensó en los animales, las aves, los reptiles, en los caballos y en el cóndor, y pensó, pensó, pensó en el contrato hasta sentir una profunda lástima del día gris, de la bufanda a cuadros, del llavero, de las gentes opacas, de la falta de aire... Y fue también modelando su deseo, dándole cuerpo a la única condición que pondría para realizar su hazaña y alcanzar la reivindicación final.

—Señores ejecutivos —dijo, cuando éstos habían calmado las ansias de desfilar—. He sido elegido entre muchos cientos y creo que eso me da derecho a formular una petición, algo así como el último deseo del condenado.

Los del Consorcio se miraron desconcertados, como si no dieran crédito a esas palabras. Se miraban haciendo muecas de asco, risa y asombro.

—¿Y cuál sería ese deseo? —gritó con voz aguda Caluguita Símbolo de la Tierra.

—¿Que cuál sería ese deseo? —repitió el Privilegiado remediándole la voz.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Chalupa Símbolo del Aire—, lo que estamos preguntando es justamente cuál sería ese deseo.

—¡Ahhhhh, yaaaa! —exclamó el Privilegiado imitando a los payasos de circo—. Es decir, lo que están preguntando es justamente que ¿cuál sería ese deseo?

—Exacto, señor... —El Tuerto no se resignaba a quedar al margen—, díganos usted, usted mismo, háganos el favor de decirnos lo que le voy a preguntar con mucha calma: ¿cuál-sería-ese-deseo?

—Ese deseo —se decidió el Privilegiado a responder—, ese

deseo, señores, ese deseo sería que junto con la firma del contrato yo pudiera entregar un sobre cerrado.

—¿Un sobre cerrado? —preguntaron los cuatro sucesivamente.

—Sí... señores ejecutivos, un soooobre cerraaaado, ¿me comprenden?

—Ah, un sobre cerraaaado, comprendemos.

—Dentro del cual —continuó el Privilegiado— vendrá una nota...

Entre los cuatro se miraron con aires de sospecha.

—¿Una nota? —bramó Tierra.

—Ah, un sobre cerrado dentro del cual vendrá una nota —dijo Aire.

—Exactamente, señores, una nota, es decir una hoja con ciertas palabras escritas.

—¿Y cuáles serían las palabras de esa nota? —preguntó Mar con aire acongojado.

—Esas palabras —el Elegido bajó la voz, hablando con aire de misterio—, shhh, esas palabras contendrán la leyenda de mi epitafio. Es todo, todo lo que les pido.

Los cuatro Ejecutivos rieron, se miraron unos a otros con aprobación y haciendo cabriolas respondieron en coro: ¡Concede-di-do!

El contrato se firmó y las cosas siguieron su curso regular. Se trataba de un campanario bastante alto. Y se trataba de un hombre audaz y arrepentido. Y aunque se trataba también de una ciudad donde las cosas no eran fáciles y la gente parecía disconforme, era ésta a la vez una ciudad agradecida. Ninguno de sus habitantes se hubiera atrevido a borrar la leyenda que se grabó sobre la lápida que cierra la tumba en cuyo interior reposan los astillados huesos del Privilegiado, que al estrellarse finalmente contra el pavimento desparramó su sangre por los cuatro puntos cardinales:

Aquí yace el hombre que antes de lanzarse desde lo alto de un campanario, les comunicó uno por uno a los cuatro Ejecutivos del

Consortio la verdad de su destino. La verdad estaba contenida en el plomo de cada una de las balas con que en la altura de la cúpula se despidió de ellos, uno por uno, perforándoles el corazón. La ciudad no puede olvidar este noble gesto y lo agradece.

PURGATORIO

I

Después de varias vueltas por los anaqueles, Cristián Segundo Meléndez retiró de la estantería de «novedades» una novela escrita por su excéntrico vecino de calle René Avilés, y la abrió al azar, como para darle una hojeada y decidir si valía la pena pagar el precio. *Lo importante es lo que hacemos en este corto viaje llamado vida*, leyó. ¡Brutal! Era suficiente.

—La llevo —le dijo al vendedor con una sonrisa que expresaba su entusiasmo—. Parece muy buena.

—Se ha vendido como pan caliente. —Sonrió el muchacho.

Después de pagar, Meléndez cruzó la puerta de El Parnaso y ocupó una de las mesas pequeñas en esa cafetería anexa donde casi siempre recalaba algún conocido, de tantos artistas y profesionales que eligieron Coyoacán para vivir más felices —las calles que pisaban Frida Kahlo, Diego Rivera, León Trotsky— y donde es posible pasar un buen rato por el precio de un café. Él a veces acudía después del trabajo para demorar un poco la llegada al «hogar dulce hogar», a los ladridos hostiles que Chita le dirigía (así la llamaba aunque su nombre era Mildred) por haber echado a Cristiancito de casa cuando se negó a estudiar Derecho, a pesar de que había transcurrido ya tanto tiempo; también lo hacía para sacudirse el aburrimiento acumulado en sus horas de oficina, estudiando casos de divorcios, homicidios o herencias.

—Un expreso doble y una medialuna —ordenó, disponiéndose a hincarle el diente también a *El reino vencido*, ya que la cita con el Socio en el nuevo local de La Guadalupana era a las tres de la tarde y el tiempo quedaba grande.

Hacia las dos cuarenta, Meléndez había consumido tres ex-

presos dobles y un agua mineral gasificada, y había engullido además cuatro medias lunas. Qué afán por comer, pura ansiedad, pura histeria, le había diagnosticado el Dr. Gastón Meléndez, su hermano mayor. De ahí tan obeso y desganado, sin energías. También a esa hora había acabado la lectura de su novela. Era un lector veloz con bastante entrenamiento, como lo exigía su profesión. Buena, se dijo mirando otra vez la portada, un argumento bien tramado y el flechazo certero de un mensaje que recomienda vivir la vida con intensidad, realizando siempre lo que se quiere. Recordó las palabras que en épocas remotas le había dicho el Dr. Noble, caminando por avenida Mazatlán, en la colonia Condesa. «El hombre debe realizarse», había dictaminado, «porque cuando no lo hace, se frustra, y el resultado de esa frustración es la neurosis».

El hombre debe realizarse, el hombre debe realizarse, se repitió una y otra vez Meléndez, como para que se le incrustara el convencimiento, el hombre debe realizarse, y se le vino también a la memoria ese antiguo bolero que cantaba Elvira Ríos, *no quiero arrepentirme después, de lo que pudo haber sido y no fue...* «El hombre se arrepiente mucho de algunas cosas que no hace», concluyó el Dr. Noble aquella lejana tarde.

En La Guadalupana el Capitán lo guió hasta la mesa que se había reservado, al lado de la ventana. El Socio aún no llegaba, pero Dalia ya estaba ahí, saboreando un Margarita y leyendo la misma novela de Avilés.

Dalia era la editora de *Ellas Sí*, una revista que predicaba la independencia total de la mujer. En los últimos años del Colegio Madrid se le manifestaron con fuerza esas tendencias libertarias que habían acabado por traerle un problema tras otro, polémicas, juicios, descalificaciones. Pero era una mujer valiente, al menos para algunas cosas, y se defendía con uñas o mordiscos de los ataques epistolares o periodísticos de maridos machistas o mujeres pacatas.

—La acabo de terminar —dijo Meléndez, mostrándole su propio ejemplar y tomando asiento.

—Pues a mí no me parece nada de mal.

—Se lee muy bien, la verdad, y lo mejor es que descarga con fuerza su moraleja, eso de que la vida es ahora y aquí, no hay pasado ni futuro. ¡Dios Santo!

—Sí, qué bárbaro, no llevo ni la mitad y ya hasta se me viene plasmando la idea de que la no-realización debe ser algo así como una metáfora perfecta del Purgatorio.

Y entre risas coquetas y jadeos, Dalia fue proyectando una imagen del salón de los castigos, al centro mismo del Purgatorio, donde obligan a cada condenado a repasar escena por escena, los momentos de la vida en que se acobardó, tomó la decisión equivocada. Todo lo que no hizo y pudo haber hecho para ser mejor, vivir más feliz, acercarse a la plenitud. Ella misma reconocía su falta de agallas para separarse de su marido cuando el amor le tocó de nuevo la campana, y estaba muy segura de haber dejado escapar la oportunidad de su vida, resultado de lo cual eran su sonrisa amarga y la palidez de esos ojos celestiales. A continuación le pasan al condenado la película de cómo habrían sido las cosas si hubiera tomado las decisiones correctas.

Cuando el Socio llegó a la mesa, ordenó tequilas de aperitivo, chicharrón en salsa verde como botana y de plato fuerte un pollo en mole poblano. La conversación siguió el mismo rumbo por el que marchaban Cristián y Dalia, el Purgatorio, *lo que no fue*, la frustración, la neurosis.

—Pero yo no me hiqué, Cristián —dijo el Socio—. A mí la pinche muerte me la pela.

Cristián lo miró como se mira a los héroes. El Socio venía escapando de un cáncer que lo seguía de cerca, pero estaba muy dispuesto a ganarle la carrera.

II

El abogado Cristián Segundo Meléndez, muerto a los sesenta y dos años de un ataque al corazón tras una suculenta comida con un grupo de amigos en la cantina Guadalupana, ocupa la única butaca de una sala íntima del inmenso recinto llamado Purgatorio. Se apagan las luces y, entre notas de música marcial, recuerda a su amiga Dalia, al Socio, a su vecino Avilés, mientras aparece sobre una pantalla gigante la escena titulada:

Lo que fue I.

—Nada menos que todo un hombre —dijo el padre, Licenciado Meléndez, ofreciéndole por primera vez un cigarrillo a su hijo Cristián Segundo. Esperaban los capuchinos en un pequeño café de la colonia Condesa, sobre la avenida Yucatán—. Un hombre hecho y derecho, «con toda la barba», como decía tu abuelo. Y llegó la hora de tomar una decisión que será importante para toda tu vida. —Cristián Segundo encendió los cigarrillos de ambos y se cargó los pulmones de humo y aire, como resignándose a resistir el embate paterno que se acercaba—. Como debes imaginar, tu madre y yo seguimos pensando en que lo que más te conviene es estudiar Derecho.

—Pero lo que a mí me gusta es el teatro, papá.

—Derecho, en la UNAM, por supuesto. O en la Ibero. Hijo, el teatro es un *hobby*, no una carrera seria, ¡tonterías!

—Pues no me interesa ser abogado.

—Sin embargo, te corresponde por tradición familiar. Tu bisabuelo lo fue, en tiempos de don Porfirio. También tu abuelo,

después de la Revolución. Tu padre lo es. El futuro lo tienes al alcance de la mano: nuestro bufete te está esperando.

Dos años antes, Cristián Segundo Meléndez había ingresado al conjunto teatral del Colegio Madrid y le tocó representar el papel secundario de un paje en *Noche de Reyes*, la versión de León Felipe, y más adelante el de ese cartero que en *Ardiente paciencia* usaba las metáforas de Neruda para conquistar a la chica de sus sueños. Recibió buenas críticas, muchas felicitaciones y hasta mereció los favores de Flavia Rivadeneira, una de las actrices más lindas del conjunto, que se quedó prendada del personaje y sus metáforas, pero más que nada, del actor, de él mismo, que con su poder histriónico le había derrotado las defensas.

— Júrame que puedes *escribir los versos más tristes esta noche* —le dijo Flavia, mirándolo con fuego en los ojos.

— Y que en tus ojos profundos *pelean las llamas crepúsculo...*

— Y que mi cuerpo tiene *blancas colinas, muslos blancos*.

— Pero, amor, escucha, *para que nada nos separe, que no nos una nada*.

El juego terminó nerudianamente entre las blancas y sedosas sábanas de un motel en el camino viejo a Toluca, con el inmenso territorio iluminado del DF como paisaje desde el ventanal, y Flavia le dijo que ellos dos serían la pareja de actores más famosa de toda América, Romeo y Julieta, serían, Otelo y Desdémona, Marco Antonio y Cleopatra, Macbeth y su bruja, Kowalski y Blanche DuBois, serían la Kim y Holden, que se iban a casar y que viajarían por todo el mundo dando funciones y amándose mucho.

— ¡Quiero ser actor, papá! ¿No puedes entenderlo?

— ¡No! No puedo entenderlo, como tampoco puedo entender que tengo un hijo pendejo, incapaz de distinguir oro de plomo. —Cristián Segundo sintió vergüenza, bajó la vista. Cuando su padre se ponía en esa tonalidad, las cosas iban siempre mal.

Esa misma noche la mamá preparó una cena especial y el padre destapó una botella de champaña.

— Te felicitamos por tu decisión —le dijeron ambos—. ¡Salud por Cristián Meléndez, futuro licenciado!

III

Se proyecta sobre la pantalla:

Lo que fue II.

El joven Licenciado Cristián Segundo Meléndez acababa de ganar un juicio millonario en un caso de homicidio calificado, y lo primero que hizo fue llamar a Flavia Rivadeneira, su novia desde los tiempos del colegio, para proponerle una cena de primera en el San Angel Inn. Langosta, venado, dulces yucatecos.

— Ven a buscarme — le dijo ella, muy contenta —. Mi ensayo termina a las 8.30.

Flavia era primera actriz del conjunto Caja de Pandora y le habían asignado el rol de la mujer que se rebela y abandona a su marido en *Casa de muñecas*.

Después de la cena decidieron seguir celebrando y se fueron al departamento de Flavia dispuestos a disfrutar unos martini secos, que Cristián Segundo preparaba como nadie, según la receta que aconseja Luis Buñuel en sus memorias, y a disfrutar además de los malabarismos sexuales que ella le había enseñado en los primeros meses de su relación y que tenían algunos años de practicar con bastante regularidad. Estaban desnudos sobre la cama de dos plazas, desparramados y lánguidos de movimientos.

— Me muero — dijo Flavia —. ¿Quién va por un jarro de agua con hielo?

— Tú — dijo él.

— ¡Fresco! — gritó ella.

Bebieron como si después de varios días en el desierto hubieran encontrado un oasis.

—Cristián... —dijo Flavia.

Cristián Segundo tuvo un estremecimiento. Cuando ella empezaba su discurso diciendo Cristián y haciendo luego una pausa, la cosa venía difícil. Bebió más agua como para no dar el pase.

—Cristián... —repetió ella—. Hay algo que tenemos que hablar. Si este juicio te significa un ventarrón de oro, ¿por qué no aprovechamos de casarnos?

—¡Un ventarrón de oro! No seas cursi, por favor, no hables igual que si estuvieras en una mala telenovela.

—¿Qué? —dijo Flavia como si no creyera lo que estaba escuchando.

—Ya oíste, no voy a repetir. Además, hemos discutido antes el tema.

—Sí, pero sin tanto flujo hacia la cuenta bancaria, ¿qué te pasa? ¿No quieres que nos casemos, o al menos que vivamos juntos y podamos pensar en algún viaje, en tener hijos? ¿Y qué de lo que dices siempre acerca de volver a actuar? ¿Qué estamos esperando?

—Es tarde para mí.

—¿Tarde para qué, actuar o casarte?

—Las dos cosas —se atrevió a decir.

Flavia se incorporó y lo enfrentó con la mirada.

—Ah, yaaa —estiró las palabras—, voy entendiendo.

—Flavia, no es que no quiera casarme contigo, tú sabes que te amo, pero la cosa es que...

—La cosa es que..., la cosa es que... ¿Sabes cuál es la cosa? Yo te voy a decir cuál es la cosa. La cosa es que si no me das el sí definitivo en este mismo momento, te largas y no quiero verte más.

—Pero, Flavia...

—¡Te largas! Y yo me caso la próxima semana con Alejandro.

Alejandro era director de la Caja de Pandora y estaba desde hacía mucho enamorado de Flavia sin esperanzas.

—Tal vez sea una buena cosa —dijo Cristián Segundo—.

Comparten oficio, trabajan juntos y, además, él me parece un buen tipo. —Cristián Segundo no le temía como posible rival. Flavia había amenazado muchas veces con la misma cantinela.

—¿No me digas?

—Sí, creo que te conviene. Harían una buena pareja.

Flavia no logró contener el llanto y Cristián Segundo empezó a vestirse.

—Chantajos no —dijo, pensando que ahora sería más fácil concretar su situación con Mildred, la mujer que su madre le había elegido como candidata principal al matrimonio, y que desde luego tenía cualidades que la hacían más adecuada para un abogado en ascenso.

Cuando Cristián se casó con Mildred, Flavia y Alejandro recorrían varias capitales de Europa con la Caja de Pandora y un repertorio de tres obras. Aún no lo sabían, pero al regreso, ella completaría ya un par de meses de embarazo. Tampoco sabía Cristián la depresión que le habrían de provocar esos dos hechos: la unión de su amada Flavia con el director teatral, y el embarazo que probablemente sellaba esa unión para siempre. Por su parte, Mildred, el modelo ideal de esposa, de las que en pleno siglo XXI se preocupan de llegar vírgenes al matrimonio, que saben manejar a la perfección el orden de las familias y estar preparada para toda ocasión, era despersonalizada y fea, con una mandíbula demasiado prominente que le recordaba a la doctora de *El planeta de los simios*. Como ella, tenía también cierta vellosidad en el rostro. Chita, le había puesto Cristián de sobrenombre, recordando a la célebre mona de Tarzán. Las cosas, por lo tanto, partieron mal.

IV

Se proyecta sobre la pantalla:

Lo que fue III.

—Nada menos que todo un hombre —dijo el licenciado Cristián Segundo Meléndez, ofreciéndole un cigarrillo a Cristiancito Tercero. Esperaban los *express* en el *grill* del Sanborns Universidad—. Un hombre hecho y derecho, como decía tu bisabuelo. Y ahora es el momento de una de tus más importantes decisiones, esas decisiones que determinan toda tu vida. —Cristiancito encendió ambos cigarrillos y se preparó para la pelea—. Pienso que debes estudiar Derecho y seguir con la tradición de la familia.

—Papá, no me interesa ser abogado, ya te he dicho que lo que me gusta es la arqueología, y eso es lo que quiero estudiar.

—Tonterías, la arqueología no te ofrece las mismas posibilidades de triunfo en la vida.

—¿Triunfo en la vida?

—Triunfo, hijito, ¡triunfo! Somos una estirpe de triunfadores, ¿no te das cuenta?

—No, papá.

La discusión se prolongó el tiempo de dos cafés y luego Cristiancito guardó silencio durante el extenso monólogo del padre. No pensaba privarse de la excitación que durante el viaje de estudios le habían producido las ruinas de Palenque, sumido en la espesura de la selva, Chichén Itzá en las estepas de Yucatán, y Tulum, vigilando las esmeraldas aguas del Caribe.

Esa misma noche, durante la cena, no se tomó champaña. El licenciado Cristián Segundo Meléndez miró a su esposa con disgusto. «Ese es tu hijo», parecía decirle. Nadie habló hasta el momento en que trajeron el postre.

—Tienes dos opciones —dijo el padre frunciendo el ceño y apretando los puños: si estudias Derecho, tendrás todo nuestro apoyo. En caso contrario, te irás de la casa y te las arreglarás por tu cuenta. Tú decides. Consúltalo con la almohada y mañana al desayuno me respondes.

—No es necesario —dijo Cristiancito, mirando a su madre con cariño y pena—. La decisión ya la tengo.

—Pues, Derecho y te quedas, otra cosa y te vas. Responde.

—Sí... —dijo Cristiancito, aumentando el volumen de su voz.

—¿Sí qué...? —preguntó el licenciado con brusquedad.

—Sí, papá.

—¿Sí qué...? —repitió con rabia y temblor en la voz.

—Ya preparé mis valijas —dijo Cristiancito, levantándose de la mesa.

V

Se proyecta sobre la pantalla:

Lo que fue IV.

Y así sucesivamente...

CARTA A JULIETTE

Querida Juliette:

Contemplo tu rostro sobre el papel intentando desentrañar lo que hay detrás de tu expresión melancólica. Hubiese querido conocer más cosas de tu vida. Saber, por ejemplo, qué dulces te gustaba saborear cuando tenías siete años, a la salida del colegio, ¿los camotillos, los empolvados, la sustancia de Chillán? Saber en qué parque se iniciaban tus vuelos a los doce, sobre un columpio supersónico. Saber qué afortunado príncipe azul hacía latir tu corazón a los quince. Y a quién miraban tus ojos sorprendidos en esta última fotografía que te tomaron y que no me canso de contemplar.

Es que te pareces mucho a Magdalena. Y es también que tu vida y la de ella son demasiado semejantes. Admiro el cuello largo y fino entre esos cabellos castaños que pasan de los hombros; tus labios tranquilos que no se abren; esa nariz respingona que asciende suavemente hacia tus ojos amarillos que parecen disparar su brillo en la dirección de los sueños. Y me muerdo los labios al comprender otra vez que mis preguntas nunca tendrán respuesta.

Tus rasgos y los de Magdalena. Tu vida y la suya, Juliette. Y la historia, desde luego.

Te detuvieron el 20 de junio de 1975, caminando por una callecita de Ñuñoa. A ella la detuvieron el 27 de septiembre, cerca del Parque Forestal. Dos militares la obligaron, igual que a ti, a subir a un vehículo. Tú tenías ocho meses de embarazo; Magdalena, seis. Vivían en un mundo dominado por tanques, fusiles y helicópteros que vigilaban la ciudad para una pandilla de criminales que creían tener la razón.

El hijo de Magdalena no alcanzó a nacer. Del tuyo, se

desconoce el destino. ¿Es que nadie quedó para entregarnos una mínima noción de los hechos? Alguien reconoció tu voz en un laberinto de Villa Grimaldi. La voz de Magdalena, en esa misma prolongación del infierno, la llegó a distinguir Alex Gutiérrez, alias el Nutria.

Probablemente, igual que a ella, cuando subiste al automóvil te vendaron la vista y estamparon tela adhesiva sobre tus labios. Si acaso tenías una cita esa tarde, como ella, tampoco pudiste acudir. Y quizás, también como ella, se cerraron tus ojos durante alguno de los interrogatorios, y partiste con los labios muy sellados.

Tú eres la realidad, Juliette. Y Magdalena es la ficción: el personaje de una novela que escribí. A ella la conozco bien, porque la inventaron mis sueños. Quizás a ti te conozca tan sólo porque la conozco a ella. Pero entonces, ya no podrás salir de mi corazón.

Índice

	Página
Un guiño a los lectores	9
Hermosas bestias salvajes	11
Cuenta final	35
Café con piernas	47
Amor a control remoto	57
Gershwin bajo la Luna	65
Campo de batalla	77
La envidia, hermana	87
Melodía globalizada	95
Pasando y pasando	103
El contrato	111
Purgatorio	123
Carta a Juliette	135

